NERVIO

CIENCIAS • ARTES • LETRAS

"DE REGRESO", de José Planas.

8º.

NÚMERO

SUMARIO

20 centavos

NERVIO

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS — ARTES — LETRAS

Redacción y Administración: Vera 572

ADMINISTRADOR

S. KAPLAN

COLABORADORES

Han Ryner (París). — Eugen Relgis (Bucarest). — María Lacerda de Moura (San Pablo). — Prof. H. Díaz Casanueva (Montevideo). — Prof. Alfonso L. Herrera (México). — Rudolf Rocker (Berlín) — Prof. Jorge F. Nicolai. — Ildefonso Pereda Valdés (Montevideo). — Dr. Aníbal Ponce. — Roberto Arlt. — Alfonso Longuet. — V. P. Ferrería. — Luis Fabri (Montevideo). — Elías Castelnuovo. — Prof. P. B. Franco. — Alvaro Yunque. — Luis Reissig. — Alfonsina Storni. — Leónidas Barletta. — José Portogalo. — Aristóbulo Echegaray. — Costa Iscar. — Dr. Juan Lazarte. — Dr. Oscar Credyt. — Alejandro Castiñeiras. — V. Fernández Cantina. — Pedro Godoy. — Herminia C. Brumana. — Inés Delfino de Castelnuovo. — Julio Dorraine (Montevideo). — Manuel López Pérez (San Salvador). — Augusto Chertkoff. — Campio Carpio. — Fedor Bazaroff. — Edgardo Casella. — Aarón Morozoff. — Antonio Barrot. — A. Vázquez Escalante. — Nathan Forge. — Kras. — D. Cayafa Soca. — Ricardo Bernardoni. — Juan Guijarro. — Isidoro Aguirrebeña. — P. R. Falconnet. Prof. César Godoy Urrutia. — Agenor Argüello (El Salvador). — Arturo Montesano Delchi. — Alberto Maritano. — Carlos Brandt (Nueva York). — Juan D. Marengo (Tucumán).

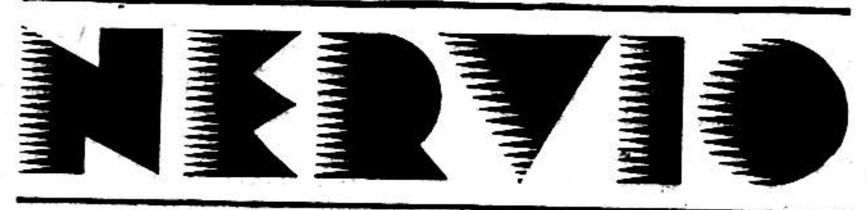
ILUSTRADORES

José Planas. — Dirk Kerts Koopmans. — Julio Orione. — Kras. — Marina. — Justo Balza. — Mario Venturi. — Pablo Siena. — León Arturo Montesano Delchi. — Alberto Maritano. — Carlos Brandt (Nueva York). — Juan D. Marengo (Tucumán.)

Toda la correspondencia debe ser dirigida únicamente a nombre de **NERVIO**

Necesitamos agentes y paqueteros en el Interior y Exterior.

AÑO Buenos Aires, Diciembre de 1931 N.º 8



CIENCIAS • ARTES • LETRAS

GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL

(En el centenario de su muerte)

Desde Berlín.

EL 14 de noviembre se cumplieron los cien años desde que Hegel fué arrebatado por el cólera. Ninguno de los grandes representantes de la filosofía clásica en Alemania tuvo una influencia idéntica a la de él sobre sus contemporáneos. Durante el último período de su vida se hallaba como un monarca absoluto en el reino del espíritu. Sólo pocos se atrevían a rebelarse contra su influencia. Esa influencia persistió íntegramente incluso bastante tiempo después de su muerte y todavía hoy no ha desaparecido del todo, en particular cuando se trata de los resultados lógicos de su doctrina. Hombres que se habían conquistado ya en los más diversos dominios de la vida intelectual un nombre, y otros a quienes les estaba reservado todavía un papel dirigente, cayeron a sus pies y escucharon sus palabras llenos de reverencia como ante un oráculo. Sus pensamientos no sólo influyeron en la gran mayoría de los mejores cerebros de Alemania, sino que atravesaron también las fronteras alemanas y encontraron vivo eco en Rusia, Francia, Inglaterra, Bélgica, Dinamarca e Italia.

No nos es fácil apreciar hoy un tanto exactamente aquella poderosa irradiación de ideas; y parece más extraordinario todavía que la influencia de Hegel se haya podido extender a hombres de todas las tendencias políticas y sociales: a reaccionarios empedernidos y a revolucionarios preñados de futuro; a conservadores y a liberales; a absolutistas y a demócratas; a monárquicos y a republicanos; a portavoces y a adversarios del derecho de propiedad; todos pendían como encantados de los senos de su sabiduría. Casi todos los *pioneers* del socialismo en Alemania, Grün, Hess, Marx, Engels, Lassalle, han pasado por la escuela de Hegel; pero también espíritus libres como Stirner y Bakunin y al menos Proudhon fueron fuertemente influenciados por sus ideas, por desgracia no en su beneficio.

En la mayor parte, ese efecto aturdidor se atribuye menos al contenido de las ideas de Hegel; fué la naturaleza dialéctica rara de su pensamiento el que los aprisionó y fascinó. Hegel opuso a los conceptos rígidos de sus antecesores Kant y Fichte la idea de un eterno devenir, en el cual le importaba menos abarcar las cosas en sí que seguir sus relaciones con otros fenómenos. Interpretó a su modo la tesis del viejo Heráclito del flujo eterno de las cosas y aceptó una cohesión interna de los fenómenos, que se manifiesta por el hecho de que cada uno de ellos encierra en sí su contradicción, que tiene que manifestarse con necesidad interna para dejar el puesto a un nuevo fenómeno, que en su naturaleza es más perfecto que las dos primeras formas de ese devenir. Hegel llamaba a eso la tesis, la antítesis y la síntesis. Pero como, según él, toda síntesis se convierte

en tesis de un nuevo proceso, surge tanto en la naturaleza como en la historia una cadena ininterrumpida, cuyos miembros se eslabonan firmemente según un plan divino eterno.

«Dios rige al mundo, el contenido de su gobierno, la ejecución de su plan, es la historia mundial. Esta quiere abarcarla la filosofía; pues sólo lo que ella ejecuta tiene realidad, lo que no se conforma a ella es ociosa existencia. Ante la luz pura de esa idea divina, que no es un mero ideal, desaparece la apariencia, como si el mundo fuera un acontecer loco, torpe. La filosofía quiere reconocer el contenido, la realidad de la idea divina y justificar la repudiada realidad» (1).

Se ha festejado a Hegel por esa interpretación como a uno de los grandes anunciadores de la teoría de la evolución; sin derecho, según nos parece, pues su arte dialéctico ambiguo de malabarista no tiene nada de común con el verdadero pensamiento de la evolución. La idea de la evolución es el resultado más propio de la investigación científiconatural, que rechaza radicalmente todo ensayo de explicación puramente especulativa sobre el proceso natural, y no sólo lo rechaza, sino que lo combate del modo más severo. Se diferencia de todas las interpretaciones anteriores sobre la naturaleza y la historia del hombre, principalmente, porque ha desterrado del círculo de representación de sus panegiristas todo pensamiento sobre la acción supraterrestre de un poder superior, de cuya voluntad creadora habría nacido supuestamente el mundo y no puede admitir, ni en la naturaleza, ni en la historia, la mano ordenadora de una voluntad divina, que lo dirige y lo mueve todo según un plan previamente determinado. Después de ese repudio fundamental de todas las representaciones antropomorfas que basamentan todo mito de creación, la tarea del investigador sólo puede consistir, no en descubrir el «plan de dios», como dijo Hegel, sino que toda su aspiración está más bien dirigida a aproximarse a las cosas mismas, a descifrar la naturaleza de sus relaciones y a perseguir la causa de su existencia y de sus transformaciones.

Los grandes fundadores de la teoría de la evolución unieron a ese pensamiento la concepción de que todas las formas orgánicas no existen cada una para sí como unidad especial, que más bien proceden unas de otras, y de tal modo, que todas las formaciones superiores surgieron de formas más simples. Ese proceso constituye, por decirlo así, todo el contenido de la historia del mundo orgánico y encuentra su continuidad con el desarrollo de la vida y el desenvolvimiento de las diversas especies sobre la tierra, cuyas transformaciones paulatinas o en períodos rápidos de tiempo son originadas por los cambios del ambiente y de las condiciones externas de vida.

Pero ningún investigador serio ha caído hasta aquí en la loca idea de presentar ese proceso de la evolución en el sentido imaginado por Hegel, es decir, como la eterna repetición del mismo esquema de tres miembros, según el cual la primera forma tiene que cristalizar ineludiblemente en su contraria, para que el proceso general pueda proseguir. Este pensamiento rebuscado, que sólo sabe trabajar con la tesis y la antítesis no sólo no tiene ninguna suerte de relaciones con los fenómenos reales de la vida, está también en la más evidente contradicción con la verdadera idea de la evolución, que se funda en representar un devenir orgánico y ya, por esa razón, repudia, como especulación ociosa de una fantasía exaltada, la mera posibilidad de que una especie pueda transformarse en su contraria.

Charles Fourier, que junto a sus brillantes cualidades intelectuales disponía de la fuerza de imaginación más asombrosa que se puede concebir, soñaba con una época —que llamaba el octavo período de la civilización— donde el mar se transformaría en limonada, y el tiburón sería suprimido por el antitiburón, el león por el antileón, el lobo por el antilobo, y así sucesivamente, que se pondrían a disposición del hombre como animales domésticos útiles; pero a nadie se le ha ocurrido hasta aquí integrarlo, por eso, en la serie de los grandes fundadores de la teoría de la evolución. Al contrario, los caprichos fantásticos del gran socialista han perjudicado más de una vez a su doctrina, haciendo abstenerse a muchos de ocuparse en el estudio serio de sus obras, que proporcionan una cantidad de perspectivas geniales.

Hegel fué también el que nos ha traído el pensamiento en categorías, que ha originado tan formidables enmarañamientos en los cerebros y los sigue todavía originando. Atribuyendo a grupos enteros, incluso pueblos, determinadas cualidades y rasgos del carácter, que en el mejor de los casos se pueden verificar en el individuo y generalizadas tienen que conducir a las conclusio-

---

(1) Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*.

nes más **absurdas**, ha allanado precisamente el camino a las concepciones fantásticas de nuestros modernos teóricos raciales y a los juicios ilusorios de valor de una exagerada «psicología étnica»; ha suscitado aquella monstruosidad que paraliza todavía el pensamiento en muchos o lo saca de sus vías normales. Lo que Hegel ha escrito, además, sobre «filosofía natural», derecho, etc., se ha olvidado hace mucho, pero su concepción de los conceptos colectivos persiste todavía en la cabeza de los hombres y desvía a más de un espíritu no incapaz en sí a las afirmaciones más osadas y a las conclusiones más monstruosas que se exteriorizan a veces de una manera funesta (2).

Hegel atribuyó a cada pueblo que en el curso del devenir desempeñó un papel histórico, un espíritu particular, cuya misión era realizar el plan de dios. Pero todo «espíritu étnico» es sólo en sí «un individuo en la marcha de la historia mundial», a cuyo objetivo superior debe servir.

Ilustración para NERVIO de Dirk Kerst Koopmans.

---

(2) *En su excelente obrita «Rasse und Politik» observa el doctor J. Goldstein muy acertadamente: «El vacío esquema de su pensamiento (de Hegel) hizo estragos además en aquellos hombres — en su mayor parte extranjeros — que han creído hallar la clave para la comprensión del mundo histórico en la raza. Gobineu, Renan, Lapauge, Chamberlain, Woltmann están en el hechizo de un hegelianismo con distintivos naturalistas; hegelianismo es, cuando se emplea el espíritu de raza en lugar del espíritu del individuo para la explicación de las creaciones espirituales; hegelianismo es cuando es desterrada toda contingencia de la historia y se construyen los destinos de los pueblos con ideas preconcebidas sobre lo que una raza puede o no puede realizar; hegelianismo es cuando se oponen, en lógica exclusividad, germanismo y semitismo y se niegan con duras fórmulas racionalistas todas las hondas referencias vitales entre ellos. Hegelianismo es, finalmente, cuando se debe explicar el curso pasado y futuro de la historia sin consideración a la diversidad de las fuerzas actuantes en cada época, en todas partes, por un solo factor decisivo: la raza.»*

«Pues la historia universal es la exposición del proceso divino absoluto del espíritu en sus más altas figuras, esa marcha gradual por la que alcanza su verdad, la autoconciencia de sí. Las formas de esas gradaciones son los espíritus étnicos universales, la precisión de su vida moral, su constitución, su arte, religión y ciencia. Realizar esas gradaciones es el impulso infinito del espíritu universal, su ímpetu irresistible, pues esa estructura, así como su realización, es su concepto. La historia universal muestra sólo cómo el espíritu llega gradualmente a la conciencia y a la voluntad de verdad; amanece en ella, encuentra puntos centrales, al fin llega a la completa conciencia» (1).

Se siente uno un tanto intranquilo en ese mundo de espectros, en donde además de los diversos espíritus étnicos ambulan todavía un «espíritu subjetivo», un «espíritu objetivo», un «espíritu absoluto», sin que el creador de esos grotescos duendes pudiera darnos ni la explicación más insignificante de lo que es propiamente ese espíritu del que sabe relatar tantas maravillas. Partió simplemente de la suposición que existe un espíritu semejante, y sobre esa simple afirmación edificó la construcción ideológica más estrafalaria que ha visto jamás el mundo.

Hegel mismo estaba tan fuertemente enamorado de su descubrimiento filosófico que ya en sus lecciones de Jena sostuvo que con su doctrina «había nacido una nueva época de la historia universal y que ha llegado el momento favorable en que el espíritu tiene que libertarse de toda extraña esencia, comprenderse como espíritu absoluto, crear de sí mismo todo el presente y mantenerlo en perfecta inmovilidad en su poder».

Para el hombre queda muy poco espacio en ese mundo de espíritus. Existe sólo en tanto que sirve a algún espíritu colectivo como medio de expresión. Por esta razón, su papel le está claramente prescrito: «El comportamiento del individuo ante él (el espíritu étnico) está en apropiarse ese ser substancial, en que esto se convierta en su especie de sentido y habilidad, en que sea algo. Pues encuentra ante sí el ser del pueblo como un mundo terminado, firme, al cual se integra. En éste, su obra, su mundo, disfruta el espíritu del pueblo y es satisfecho (2).

Como Hegel defendió la opinión de que en todo pueblo, en que el «espíritu universal» se ha creado una herramienta para la ejecución de sus planes misteriosos, vive un espíritu especial, que lo capacita para su tarea preconcebida, se deduce que cada uno de esos pueblos tiene una misión histórica particular, que determina previamente toda exteriorización de su actuación en la historia. Esa misión es su destino, que sólo está reservado a él y no a otro pueblo, y que no puede cambiar por la propia fuerza.

Fichte había tratado de explicar por la naturaleza especial de su historia «el destino de los alemanes» predicado por él. Hizo al respecto las afirmaciones más atrevidas, sobre las cuales el tiempo ha pasado ya; sin embargo, buscaba motivos comprensibles que justificasen aquella misión. Pero, según Hegel, la misión de un pueblo no es el resultado de su historia, al contrario, la misión que se le ha confiado por el «espíritu universal», forma el contenido de su historia; y todo esto ocurre para que el espíritu finalmente llegue a la conciencia de sí mismo.

De esa manera se convirtió Hegel en el verdadero creador de aquella ciega teoría fatalista cuyos defensores ven en cada acontecimiento de la historia una «necesidad histórica»; en cada objetivo que han pensado o a que han aspirado los hombres, una «misión histórica». En este aspecto, Hegel es todavía moderno, pues aun hoy se habla con toda seriedad de la misión histórica de una raza, de una nación o de una clase, sin que la mayoría presienta que cada una de esas representaciones fatalistas, que obran tan castradoramente en la acción de los hombres, arraiga en el método de pensamiento de Hegel.

Y, sin embargo, es sólo una fe ciega la que aquí se expresa, que no tiene relación alguna con la realidad de la vida y cuyas conclusiones no se pueden probar de ningún modo. Toda habladuría sobre el «curso forzoso del devenir histórico» y sobre las «necesidades históricamente condicionadas de la vida social», fórmulas vacías, que en particular son repetidas hasta la saciedad por los adeptos del marxismo, ¿qué otra cosa son sino una nueva creencia fatalista procedente del reino de los espíritus de Hegel, sólo que en este caso las condiciones de producción han asumido el papel de «espíritu absoluto»? Y, sin embargo, la vida nos muestra todos los días que esas «necesidades históricas» sólo persisten mientras los hombres se acomodan a ellas y no les hacen

(1) *Vorlesungen USW.*
(2) *Idem.*

ninguna resistencia. En la historia no hay en manera alguna cursoso forzosos, sino sólo estados que se toleran y que caen en polvo en cuanto el hombre los penetra y se levanta contra ellos.

Las palabras famosas y afamadas de Hegel: «Lo que es racional es real y lo que es real es racional», palabras a las que ninguna agudeza dialéctica les puede quitar su verdadero sentido, son justamente el *leitmotiv* de toda reacción, porque elevan a principio el acomodo a lo dado y tratan de justificar toda infamia, todo estado indigno del hombre, con la inmutabilidad de lo «históricamente necesario». Es sólo un efecto del malabarismo hegeliano, que los representantes del socialismo alemán estuvieran hasta aquí inclinados siempre a ver en todo mal social una consecuencia inevitable del orden económico capitalista, al que había que adaptarse hasta que madurase el tiempo de un cambio o, para hablar con Hegel, hasta que la tesis cristalizase en antítesis. ¿Qué otra cosa que fatalismo hegeliano hay en el fondo de todo ello, traducido al terreno económico? ¿Qué otra cosa que una aplicación más concorde con la época de la frase hegeliana, según lo cual todo lo real es racional? Se aviene uno a las condiciones dadas y no siente que con ello mata el espíritu que se rebela contra la injusticia existente.

Kant había elevado a principio de moral social la sumisión absoluta del súbdito a la potencia del Estado, y había condenado toda rebelión contra el gobierno y sus representantes como delito digno de muerte. Fichte había derivado todo derecho del Estado, quería entregar al Estado toda la juventud para que pudiera al fin ser alemana, «alemana en el verdadero sentido, es decir, ciudadana del Estado». Pero Hegel ha festejado el Estado como fin de sí mismo, como «la realidad de la idea moral», como el «dios en la tierra». Nadie ha rendido tal culto al Estado, nadie arraigó tan hondamente como él en las representaciones de los hombres la servidumbre voluntaria. Ha elevado la idea de Estado a un principio religioso y ha puesto en un mismo plano las revelaciones del Nuevo Testamento con los conceptos del derecho del Estado establecidos en párrafos de código, «pues se sabe ahora que la moral y el derecho en el Estado son también lo divino y el mandamiento de dios, y que de acuerdo al contenido no hay nada más elevado y sagrado» (1).

Hegel ha acentuado a menudo que su interpretación del Estado la debe principalmente al estudio de los antiguos, y principalmente de Platón; pero lo que tenía realmente por delante era el viejo Estado prusiano, ese espantajo cuya falta de espíritu trataron de substituirla sus inspiradores mediante el adiestramiento cuartelero y la estupidez burocrática. Rudolf Haym no comete ninguna injusticia cuando dice con amarga ironía que en Hegel «la hermosa fachada del Estado antiguo ha recibido una mano de pintura negroblanca». En verdad, Hegel ha sido sólo el filósofo de Estado del gobierno prusiano, que no dejó nunca de justificar sus peores bestialidades.

El prefacio a su «Rechtsphilosophie» es una rabiosa defensa de las condiciones prusianas y un anatema contra todos los que se atrevieran a sacudir al soberano y no quisieran reconocer lo dado como verdad eterna. Así, se expresó allí con toda severidad contra el profesor de Jena, J. F. Fries, que era muy querido entre la juventud por sus ideas liberalpatrióticas, porque éste, en su escrito «Von deustchen Bund und deutscher Staatsverfassung», no vaciló en sostener que en una verdadera comunidad «la vida viene de abajo, del llamado pueblo». Tal concepción era naturalmente

KANT

Ilustración para NERVIO, de Dirk Kerst Koopmans.

(1) *Vorlesungen USW.*

alta traición a la «idea del Estado», que según Hegel es el único que podría dar vida a un pueblo y que se encuentra por sobre toda crítica, precisamente porque el Estado encarna el «conjunto moral» y en consecuencia es la «moral en sí». Cuando Haym ha calificado esos desahogos de Hegel como una «justificación científica del sistema policial de Karlsbad y de las persecuciones a los demagogos», da justamente en el clavo (1).

El Estado prusiano tenía para Hegel una fuerza particular de atracción, porque creyó encontrar en él todas sus condiciones previas necesarias y decisivas en general para la esencia del Estado. Como De Maistre y Bonald, los grandes profetas de la reacción en Francia, así había reconocido también Hegel que toda autoridad arraiga en la religión y sólo en ella encuentra un sostén espiritual. Partiendo de ese conocimiento, rechazó con toda energía el «funesto error que es imaginar poder constituir fundamentalmente un Estado sin la fe en dios, como el principio más íntimo de todo pensamiento, acción e inacción». Pues toda su aspiración sólo tenía un propósito: fundir del modo más íntimo la religión y el Estado, reunir a ambos, por decirlo así, en una gran unidad, cuyos miembros estuvieran soldados orgánicamente entre sí.

El catolicismo le pareció poco apropiado para esa tarea y singularmente porque aseguraba demasiado espacio de juego a la conciencia de los hombres. «En la iglesia católica, en cambio — se lee en su «Philosophie der Geschichte», — la conciencia puede hasta oponerse a las leyes del Estado. Regicidios, conspiraciones contra el Estado y otras cosas parecidas han sido apoyados a menudo por sacerdotes y ejecutados». Ese es el Hegel legítimo; se comprende que su biógrafo Rosenkranz ha dicho de él que su ambición ha sido llegar a ser un Maquiavelo de Alemania. Ciertamente, hay peligro para el Estado cuando sus súbditos tienen una conciencia. Lo que él necesita son hombres sin conciencia o, mejor dicho, hombres cuya conciencia se haya integrado en la razón de Estado y en los que el sentimiento de la responsabilidad personal haya sido suplantado por la conciencia automática para obrar en interés del Estado.

Para esa tarea, según la opinión de Hegel, sólo estaba llamado el protestantismo, que había librado la conciencia del hombre de la tutela de la iglesia, pero sólo para entregarla a la del Estado. Pues en eso, y solamente en eso, consiste la «misión histórica» de Martín Lutero, que se llamaba el «siervo de dios», y, sin embargo, sólo ha sido buen siervo del Estado y de sus satélites. Unicamente su servidumbre interna le dió fuerza para traicionar la causa del pueblo en favor de los príncipes alemanes y para poner junto con ellos la piedra angular de una nueva iglesia que se había adscripto en convenio tácito en cuerpo y alma al Estado y proclamaba la voluntad de los príncipes como el mandamiento de dios. Lutero amanteló la religión con la política; encerró el espíritu viviente en la cárcel de la palabra y se convirtió en heraldo de aquel nuevo conocimiento que interpreta la revelación de Cristo en sentido de la razón de Estado, y hace desfilar a sus partidarios en marcha militar hacia las puertas del paraíso para participar en una vida eterna.

Hegel pudo por eso comprobar con satisfacción interna: «Por lo que se refiere finalmente a la disposición, se ha dicho ya que mediante la iglesia protestante se ha producido la reconciliación de la iglesia con el derecho. No hay ya conciencia sagrada ni religiosa que esté en contra o separada del derecho temporal» (2).

Si se profundiza justamente el sentido verdadero de esas palabras, se ve que en su insignificancia astuta ocultan una de las prestidigitaciones más monstruosas que ha visto la historia.

Rudolf ROCKER.

Concluirá en el próximo número.)

(1) *Rudolf R. Haym, «Hegel und seine Zeit», Berlín*, 1857.

(2) *Vorlesungen USW.*

ARTE Y EPOCA

NO vamos a insistir sobre la validez de los conceptos "arte puro" y "arte aplicado", de "el arte por el arte", con A mayúscula, o el "arte por la vida", con minúscula, todos ellos suficientemente debatidos, aunque en definitiva no se haya llegado a conclusión alguna. Por esta vez, vamos a encararlo desde "el punto de vista sociológico", defendido por Guyau.

Casi todo lo que sabemos de los pueblos antiguos lo debemos a los artistas, conocidos unos y anónimos los más, a sus letras, a sus piedras talladas, a sus vasos y escudos. Y sin embargo, a pesar de la carencia de elementos de información, podemos trazar semblanzas bastante aproximadas a lo que fuera la realidad de su existencia, con sus angustias, sus crisis y sus aspiraciones.

¿Podría decirse otro tanto de nuestros artistas, si dentro de un par de milenios, desaparecida nuestra cultura actual, tuviéramos que reconstruir un cuadro total de la vida de este siglo?

Indiscutiblemente, no.

Y esto, ¿qué nos probaría? ¿Que los artistas actuales y los literatos son menos capacitados que los antiguos, y por consiguiente, que la raza ha degenerado?

Pero si en otros órdenes de la vida, especialmente en el técnico, hemos sobrepasado holgadamente las metas de nuestros antepasados, ¿cómo hacer conformarse extremos tan contradictorios?

Entonces, nos será forzoso convenir en que un fenómeno de índole moral preside este conjunto de cosas.

No hace mucho que un escritor francés dijo de sus cofrades que eran "sacerdotes traidores", porque según él han desertado de su misión, de su sagrada misión de cronistas y parteadores de las edades.

No es difícil comprobar la deficiencia informativa del arte de nuestros días. Basta un ligero examen a las galerías de arte y pinacotecas modernas, a las fachadas de los edificios, a los libros de los poetas, al teatro, a la novela, etc., para descubrir la ausencia de realidad, la falta de vida, la indocumentación general, la insuficiencia de captación, la deformación de la sensibilidad o la pusilanimidad de todos frente a la vida.

Quizá hoy, a pesar de todos nuestros elementos de comunicación, teléfono, telégrafo, prensa, cámara fotográfica, conocemos menos hechos ciertos, absolutamente veraces, que algunos de los sucedidos en épocas remotas. El motivo causante de esta deficiencia sólo puede imputársele a la insinceridad, a la bastardía del interés de quienes informan al futuro, a la miopía egoísta y parcial de los sacerdotes traidores.

No es por eso rigurosamente exacto que los artistas de hoy, y en particular los escritores, a quienes más directamente nos dirigimos, por ser su labor la que más influye en las conciencias, se aparten tan en absoluto de la realidad que no reste un solo nexo de empalme con ella. Esto por sus insalvables dificultades sería un triunfo rotundo, pues jamás podrá el hombre rebasar las lindes de la humanidad, como no podemos evadirnos de nuestro mundo, ni aun venciendo al ser. Pero la pizca de verdad que encontramos en ellos no atenúan en nada su delito, por no ser obra de su voluntad el reflejarla, sino impotencia física para evadirse de la realidad de la vida que los aprisiona.

No se entienda por esto que vamos a discutir aquí si es más digna la conducta de la cigarra o la de la hormiga; no vamos a postular en favor de la mera "utilidad" sino en pro de la "aplicación" del canto "inútil" o "infecundo" de la primera, tan despreciado por los utilitaristas puros.

"La nueva sensibilidad" ha dado en llamarse a las corrientes artísticas de vanguardia, como si las facultades sensorial o sensibles se hubieran revertido de pronto, pero cuyo caprichoso vanguardismo es contrario a toda idea de vanguardia, pues el vocablo "avant-garde" tomado del léxico militar, significa preceder, y la precedencia de estos "vanguardistas" es meramente conceptual, periférica, jamás entrañable ni fundamental, es novedosismo, vistosista, es una pirueta para desentenderse de los verdaderos problemas.

So pretexto de apartarse de los "viejos cánones", de las "formas manidas", de los "tópicos gastados" del romanticismo, del naturalismo, del realismo, etc., hemos caído en infinidad de ismos "dernier cri" estúpidos, que sólo alcanzan para sus creadores el título de "ingeniosos", como si acabaran de hacer un acertijo o un rompecabezas más o menos complicado, pero jamás les valdrá el interés ni la admiración de las multitudes.

Y es que ahora se usa desdeñar lo multitudinoso, el acometer obras de gran aliento que exijan algo más que "buen gusto", algo más que postura; por eso se fragmentariza y esquematiza, con buen gusto y habilidad si se quiere; el matiz "distinguido" o espectacular prima; mas, se echan de menos las pasiones avasalladoras, los grandes dolores de la humanidad, las protestas legítimas, los problemas inevitables. Todo lo cual nos descubre el despego de los "sacerdotes" hacia las muchedumbres, porque lo "chic" en arte es crear para aristocracias, para grupitos de sandios iniciados que se saturan con el falso perfume del pretendido novísimo arte, como se dopan con drogas tóxicas porque embriagarse con vinos o licores seminaturales es plebeyo y no viste.

Y si está irrefutablemente demostrado que toda toxicomanía es degeneradora y suicida, igualmente resulta ostensible que esta nueva corriente de arte, divorciado de la realidad, despegado de la vida que debe nutrirlo, es del mismo modo degenerante y fatal.

Pero es preciso distinguir entre negocio populachero, tal como algunos lo entienden, y arte popular, entre remedar servilmente a la vida enviciada y canallesca para solaz de pervertidos o abrevar en sus puros hontanares y darle, mediante las debidas manipulaciones, la forma definitiva, ejemplar y fecunda a la vez.

No sabemos exactamente si en la antigüedad hubo dos o más clases de arte — en líneas generales — una para la aristocracia y otra para la plebe. El carácter religioso del arte clásico y antiguo parece demostrarnos lo contrario, puesto que su principal misión consistía en servir de vehículo en el que llegaban a la masa del pueblo sus misterios, sus orígenes, sus problemas capitales de moral, de política colectiva, de interés general.

Bien es cierto que no existían diferencias sociales tan acentuadas como en nuestros días. Un ilota se hallaba más cerca de un areopagita que en la actualidad un obrero libre de un ministro, y que la cultura más sumaria y espontánea no acusaba diferencias tan grandes entre los componentes del pueblo como ahora, pero las expresiones del genio humano estaban realizadas para ser captadas por todos, para interesar a todos por igual. Los hijos de Apolo no desertaban de sus puestos, no hacían traición a su causa y ensalzaban o fustigaban con verismo y gracia las pasiones y crisis, las venturas o desdichas de

la humanidad, dándose el caso frecuente de que hoy al leer un poema clásico, o al contemplar una obra realizada hace tres mil años, encontremos mayor interés y preocupación por problemas aún hoy latentes, que al examinar cualquier engendro de un modernísimo neosensible.

Y no se argüirá en contra de estas apreciaciones que el artista contemporáneo cuenta con menos elementos que su remoto antecesor...

Tampoco vamos a sostener que hoy falten en absoluto artistas concienzudos consagrados generosamente a su sagrada misión. Aun hay escritores que mojan su pluma en las pústulas y sangrías humanas, que atizan con su ingenio el fuego sublime de un ideal colectivo, parteando una vida mejor, reflejando con exactitud la agonía de la humanidad actual, pero son los menos y para ello han debido hacer voto previo de pureza y proscriptos y perseguidos, desestimados de los distribuidores de lauros honoríficos y prebendas, van labrando con tesón y amor la imagen vera de nuestro mundo sufriente, reflejando los avatares de nuestra existencia agitada, y cuya obra, purificada en el agua lustral de los años, habrá de estratificarse en el gran estuario de la especie. Entretanto, la obra de todos estos diosecillos pulcros e ingeniosos, atildados y pueriles, mutualistas de bombos y consagraciones, que viven en la molicie y en fiesta ininterrumpida, se desmoronará como montoncitos de arena o castillos de naipes.

Y ese será el castigo por no haber vivido a la altura de su tiempo, de haberse prostituido, traicionando a su causa...

Isidoro AGUIRREBEÑA.

♣ ♣ ♣

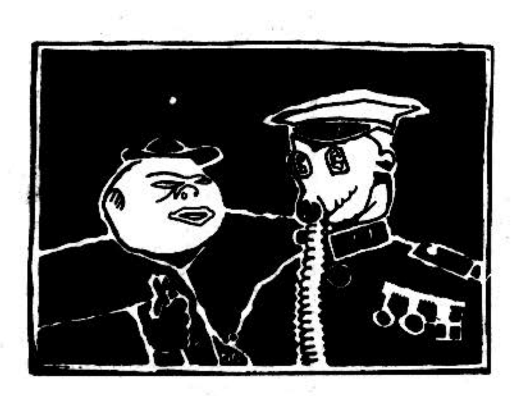


Ilustración para NERVIO, de Dirk Kerst Koopmans.

HERMANA LLUVIA

Toda la noche, Lluvia, te he escuchado
conversar con el viento, despaciosa,
y te he sentido andar por los tejados
como un ladrón en medio de las sombras,

Y mientras en la rueca de las horas
desenredabas tus madejas húmedas,
los duendes desvelados del insomnio
bailaban una ronda con tu música.

Bajo el son uniforme de tu acento
retrocedí esta noche, hermana Lluvia,
por las callejas largas del recuerdo
a la niñez, envuelta entre la bruma.

¡Quise vivir los días borroneados
sobre la inmensa estepa recorrida!
¡Los días que en el surco de los años
son gajos florecidos de alegrías!

Y regresé en mi viaje hasta una tarde,
y me encontré de nuevo en una pieza,
con la nariz pegada a los cristales
mirándote caer, hermana buena,

¡Con qué emoción seguía tu descenso
viendo en la fría hostilidad del patio
quebrarse las burbujas que formabas,
como hechizada de tu propio canto!

¡Cómo recuerdo entristecido ahora
cuando, en el mar pequeño que formabas
con tus charcos, mis manos infantiles
un barquichuelo de papel lanzaban!

¡Y en mis oídos llevo acurrucado
el eco de tu voz cuando morías
por la garganta lírica de un caño
en el seno celoso de la tina!

Paisajes reconstruídos que desfilan
en esta noche larga, mientras juegas
con las barbas del viento, que rezonga
golpeando en las ventanas y en las puertas.

. . . .

Y ahora, hermana Lluvia, que he logrado
descifrar el enigma de tu ritmo,
me dormiré en la cuna de tus brazos,
al rumor de tu canto, como un niño!

A. Vázquez ESCALANTE.

AYER Y MAÑANA

A cierta edad experimentó su realidad cercada aún de preocupaciones; se miró al espejo y se dijo: tengo muchas canas. Acumuló de improviso todos sus motivos de tristeza; el mañana era la puerilidad invisible que corría ya más que su propio tiempo. Sufría al advertir que cambiaba, que era muy distinto ya. ¿Qué sería de él? Buscaba una respuesta absurda a su pequeñez; una respuesta difícil pero que estaba puesta en la realidad; y la realidad era él mismo; tenía la corteza de la vulgaridad, de la vida corriente, y era en esto donde no había contradicciones: el sentido no se equivoca como la fantástica creación del ensueño o la locura. Sabía que a su pesar era algo, él, que a su pesar también, contenía el pasado y el futuro. ¿Lo era todo? Quizás ya no; algo se había perdido: sentimientos nobles, cierta dulzura no empleada.

Y había sobre esa pérdida mucho que lastimaba: el tiempo; el tiempo que pasaba y le cambiaba. Estaba ya apoyado en el tiempo, como en una mesa infinita. Recordaba ayer, el pasado, las horas libradas en largos combates de energía. Lo recuerda: ayer ha sido creer y esperar; esperarlo todo: el advenimiento del amor, la llegada de la alegría, la sorpresa de la fortuna, la recompensa del trabajo, la posibilidad de la gloria.

No creía ya en ello—era una desilusión—no creía en el pasado totalmente; le faltaban ya fuerzas—ayer era un desengaño pesado—carecía ya de la prudencia valerosa de librarse de la pesadilla de la muerte. Porque no era más que eso su negación del pasado: miedo al futuro, temor de los días que vendrán y le cercarán como a una sombra angulada por la claridad.

Quería saberlo todo, anticiparse, defender el posible mañana; estaba encorbado en esta esperanza como en una noche vacía; estaba solo en el mundo. Esto sugería algo terrible y era pensar y decirse: «quizás viviré mañana, iré viviendo así sencillamente, sin anhelos, sin emociones, desconocido de todos y sin que nadie descubra lo bueno posible que hay en mí». Pero esa bondad se le antojaba a veces una ligazón de egoismo que le hacía desear el Sol. Quizás ni siquiera existía su bondad; empezaba a dudar de ella, a no creerla posible porque nadie la había pedido. Se acostumbraba a esto: a olvidar y ser olvidado. Sobreviviría a días y a noches que le ayudarían lentamente a olvidar a seres y cosas que hubieran hecho un hueco en su vida. Su pensamiento era sencilla: el esfuerzo por no morir. Pero moriría, y después de él continuaría la vida; seguirían renovándose todas las cosas y ocuparían los hombres los mismos lugares; quedarían algunas huellas de sus pasos y se borrarían; se notaría su vacío al-

gún tiempo, pero se llenaría tambien.

Sentía que bullía en esto la única «realidad» que obtuviera hasta entonces. Ni siquiera su realidad de vivir había sido tan fuerte. Había creído tener su derecho, pero ya no vivía en esa creencia inconsciente. Su derecho habría sido solo su fuerza, y no existía en él la brutalidad. Lo ha pensado bien: ha luchado por su derecho y no ha tenido ninguno; había en esto una voltereta obligada del espíritu, una desesperada confidencia. Esta ha sido su vida: amoldarse a la pobreza por parecerse más a todos los hombres; creer, practicar el orden que nada olvida, el sentimiento noble que por todo sufre, la paciencia inacabable como los días mismos. No había en él exclusivismos, sino acercamiento y sencillez y sin embargo ha sufrido. Creer; creer fué una vez su único credo posible; estaba Dios. Pero Dios no fué más que una imagen que halló blandamente amoldada al misterio y a la esperanza. Después, ya no creía nada más; existía una ligazón trabajosa; Dios para su realidad no era tanto; no era más que el sonido o la luz, era solo vibración o eco; y la realidad no era tanto; de Dios no la abonaba otra realidad que el deseo ferviente—implorante a veces—que de El, él solo tenía...

Ya no creyó más. Advirtió entonces la capacidad manifiesta de sentir y de odiar. Una especie de palpitación desesperada, algo que forcejeaba por huir y escapársele indefinidamente, pero que quedaba allí; era el temor, el miedo a «llegar», y sobre este pueril miedo pasaban los días grises como el color de una alejada bandada de gaviotas.

Esta era su conclusión: no ha habido nada, y sin embargo en su simplicidad ha existido todo. Todo estaba en él—aunque diluído en el tiempo—y todo esto suyo, en parte perdido y aún apresado, era si quisiera no su derrota total, sino su victoria transitoria, pero sencilla y fuerte, sobradamente verdadera. Quizás necesitara cierto desprendimiento de gravedad, para emanciparse de la tiranía de la muerte. Y su pensamiento no sería más pesado, ni su derrota más angustiante, cuando ya hubiera vivido de una vez la vida con todos sus errores y todo su peso. Debía sortear los obstáculos finales para que la sinceridad saliera ilesa; desprenderse de añoranzas muy pesadas y de deseos complicados. No era fácil, pero lo advertía: era necesario; intentaría un último esfuerzo, lucharía aún—agazapado rescoldo de ideal—vibraría en esto un ligero estremecimiento de orgullo: no, no era posible fracasar así.

Intentaría una vez más y—¿mañana?—quizás otra; y esto le hundiría en los días por venir, le envejecería también y, aún cercándolo en la sombra, le elevaría en la realidad de vivir que solo era al fin un tránsito y una finalidad ignorada.

Alfonso LONGUET

GABRIELA MISTRAL

VARIOS días he pasado sobre las páginas de este libro —«Desolación»— de Gabriela Mistral, la poetisa chilena cuyo nombre fatiga los horizontes del mundo con una avidez de hélices triunfales.

Tanto había leído en su elogio y tanta crítica de sus obras había llegado a mí, que una, dos, tres veces he sumergido mi espíritu, como en un gajo de agua límpida, en las desoladas páginas de «Desolación».

He escuchado, dentro de mí, su grito. Hondo. Lírico. Emocionante. Grito que parece se hizo forma dentro de su boca (¡oh, extrema unción divina), de tan profundo le ha salido. Grito de pasión crucificada, de vida trunca, de carnes enrojecidas en la hoguera del sufrimiento.

Nunca voz humana pudo fonetizar tanta sensibilidad, y naturalidad, dentro de la belleza misma. Gabriela Mistral ejercita fuerzas de seducción espiritual admirables. Sus alaridos trizan en llagas la viva greda del alma, con filo de lunas del trópico en su cuarto creciente. Somete a sus lectores a un suplicio dulce. Provoca el desgarrón en la herida palpitante, hace nacer un gemido a la par de su gemido y, cuando la lágrima nubla el ojo, viene la mansedumbre laxa, la emoción plena de maravillas del éxtasis.

Gabriela Mistral es la primera poetisa de Chile y la primera mujer de América.

De no existir, como poeta, Juana de Ibarbourou, en el Uruguay, la Mistral sería a la par que la primera mujer de América, la más grande poetisa de nuestro continente.

La poesía de la Ibarbourou está, indudablemente, sobre la poesía de la Mistral.

Sus diferencias se significan, sobre todo, en la forma. Gabriela ha hecho muy poco caso de la estructuración de su poesía. Es lujosa de imágenes, profundiza sus pensamientos pero sus versos serían mejores con menos desaliño.

La Ibarbourou es más cuidadosa de la forma exterior, sin por eso dejar de atender los otros factores que determinan al buen poeta. Su fantasía es incomparable en el actual movimiento literario del continente. Su exquisita manera de decir las cosas no ha podido ser igualada y menos superada. Cuando nos habla de «la lámpara salvaje de los ocasos rojos», de que ella es «todo un surco ardiente» es sencillamente encantadora y única.

Pero así como Juana es más bello que Gabriela en sus enardecidas facetas espirituales, Gabriela es más sublime que Juana en sus aspectos humanos de mujer. Jamás un alma de mujer ha vibrado tan honda y tan sentidamente como la de la gran poe-

tisa chilena. Como la concha el tumulto del mar, ella ha recogido en su corazón todas las emociones sutilizadas del mundo. Se dijera una antena alerta a todos los caminos del espacio, captando las voces de alegría y los

GABRIELA MISTRAL
Ilustración para NERVIO, de Kras.

gritos de angustia de la humanidad feliz o acongojada.

La Ibarbourou asoma el alma por los ojos y ve. Sus ojos copian todos los colores y aspectos de la naturaleza. Por eso su canto pareciera que ha sido hecho a pincelazos por un hábil paisajista.

La Mistral, por el contrario, lleva su belleza dentro de ella misma. Se ahonda, como el minero en el negro corazón de la tierra, para hacer surgir de su propio dolor la más bella canción. Ella no recibe, sino que da. Cada verso suyo es una expresión transfigurada de su mundo interno. «Si tú me miras yo me vuelvo hermosa como la hierba a que bajó el rocío», dice, como reafirmando nuestro parecer de que su dádiva sale de sus grutas, se ilumina en su personalidad material o espiritual para después buscar refugio en la naturaleza, así como la golondrina busca reposo a la amable sombra de un alero.

La raíz genealógica de ambas mujeres arranca de la biblia, aunque no corra por ellas una idéntica savia. Juana es nacida de la Eva mítica, radiosa en su desnudez primitiva, atenta a sincronizar en su orquestación interna el llamado de la naturaleza ajena y propia; Gabriela viene de Ruth, la espigadora, la mujer fuerte, aquella para la cual fueron buenas todas las cosechas y que tenía el privilegio de hacer llegar sobre sus surcos la bendición del Padre.

El limo de que está hecha la Mistral no es el limo ordinario. Su madera es madera apostólica y de sacrificio. Hembra renovada y renovadora realiza el milagro de alterar el orden biológico de la hembra creadora. Si

la maravilla teologal no se ha realizado como lo afirman los cientistas, ahora se estaría realizando: Gabriela es madre y no ha sentido nunca el desgarrón brutal de su materia. Nadie como ella ha gozado esa emoción recóndita de la mujer cuando siente que una nueva vida está cantando en su barro, que sus redondeces se expanden como un ánfora y que una lucecita, rubia y delicada como la cabeza de un niño, viene buscando desde su vientre la pura luz del día. Sin embargo, lo repito, la Mistral no ha sufrido en su carne la desgarradura noble, sin por eso dejar de ser la más amorosa y dulce de las madres de América.

Y hemos llegado al plano hasta donde la Mistral puede ser paralelizada con la Ibarbourou, a menos que la gran uruguaya tenga una labor posterior que desconocemos. Gabriela, como poeta, resiste el análisis comparativo con Juana, a pesar de su desaliño que, a veces, degenera en flagrantes defectuosidades de forma; la Ibarbourou no alcanza una situación semejante con la Mistral en su cualidad de madre y educadora.

Se puede afirmar que no hay en todo el continente americano una mujer de la talla de Gabriela Mistral. Ha obrado en ella el mayor de los prodigios. La vida se intensifica en sus fibras como la música en la onda y la luz en el espacio. Aprendió a ser madre cuando aún era maestra. Las maestras son las madres cariñosas de los hijos ajenos. En la remota aldea chilena donde Gabriela Mistral no era Gabriela Mistral sino Lucila Godoy, se inició en la excelsitud maternal. Apacentaba un rebaño de niños con la misma delicada ternura que un rebaño de ensueños. Su sensibilidad se sensibilizó en la escuela, frente al paisaje suyo erizado de columnas andinas.

JUANA DE IBARBOUROU
Ilustración para NERVIO, de Kras.

Ahí, entre cielo azul y barro criollo, aire de montaña libre y luz solar a torrentes, se creó la mujer maravillosa de América. Enseñando a los niños aprendió a ser madre; aprendiendo a ser madre supo del dolor de tener hijos. No sé si fué entonces que enriqueció su obra con

bras todo un programa de acción indoamericana. Señala en él nuestros defectos y nos exhorta a corregirnos indicándonos la manera.

Mujer de la estirpe de Ruth, la moabita, sabe que hay que sembrar primero para espigar después. Y siembra. Su siembra es la más divina de las siembras. Amor. Claridad. Ensueño. Tiene el don de saberse dar, de entregar su espíritu con el deleite sano de una esposa, de engendrar y fecundar a un mismo tiempo.

En la hora intelectual del mundo no se ve otra figura de mayor relieve que la de Gabriela Mistral, dentro del movimiento femenino. La América del Sur tiene buenos exponentes, pero ninguna de ellas logra el perfil trascendental de Gabriela. Hay grandes novelistas, como Teresa de la Parra; buenas poetisas como la Ibarbourou y Alfonsina Storni; escritoras distinguidas como las chilenas Julia García Games, Marta Brunet, Amanda Labarca y Aída Moreno Lagos, pero Gabriela Mistral sigue siendo única por la profundidad de sus concepciones, por su naturalidad y su sencillez. Para admirarla, como dice Díaz Arrieta, «hay necesidad de entenderla», por eso alrededor de su persona se continuará observando el fenómeno tradicional: la negación de parte de «los que no la entienden».

La cuerda esconde en sí toda la gama de los sonidos pero inútilmente anhela desparramarse en vibraciones mientras no recibe la caricia incentiva del arco, suavemente impulsado por la mano de un artista. Lo mismo, exactamente lo mismo pasa con la poesía y la prosa de Gabriela Mistral. Es necesario para leerla ponerse a tono espiritual con su espíritu selecto. Escudriñar en su floresta con el mismo empeño con que el astrónomo busca nuevas constelaciones en el espacio, y el pintor una nueva combinación de colores y el músico una nueva tonalidad. Porque su corazón es un «ramo de aromas que su Señor como una fronda agita» y «cuando canta hunde en el Dios profundo el flanco herido».

Agenor ARGÜELLO.

Ahuachapán (El Salvador), octubre de 1931.

El próximo número de
"*NERVIO*"
aparecerá el 15 de enero

SOBRE LA NECESIDAD DEL ESTADO :: ::

ES fenómeno de frecuente y general observación que la mayor parte de los individuos supediten sus ideas a la necesidad del Estado. Aun las teorías más diáfanas y menos discutibles, por el espíritu de humanidad que las informa, no obstante reconocerlo así, se doblegan y anulan ante la acción obscura y deleznable de ese monstruo de informe configuración, que en todo se infiltra y desvirtúa las actividades más nobles del individuo, a título de desempeñar en apariencia la loable tarea de establecer la armonía entre los hombres.

Por contraste, la desarmonía que resulta de la función del Estado podria ser el mejor argumento para demostrar su incapacidad al respecto, si no se esgrimiera también el socorrido recurso de que el Estado procura aquella armonía, lo cual significa reconocer que no la ha logrado, aunque también se le reconoce tácitamente la posibilidad que tiene de alcanzarla. La mayor o menor proximidad de este acontecimiento dependería, pues, de la mejor colaboración de todos.

La continuidad del Estado, sin embargo, está caracterizada por sucesivos intentos para remediar temporalmente los males que derivan de su propio ejercicio. Con el agravante de que no remedia nada, puesto que eterniza los respectivos problemas cuya solución encara.

Achacar este lamentable resultado a fallas del sistema, fuera desconocer la esencia del Estado mismo. La razón de ser del Estado es la desigualdad social, y su función específica, conservar celosamente el patrimonio y disfrute del privilegio parasitario. Se deduce que el Estado sostiene falsas situaciones, y ello explica por qué se originan, inevitable y periódicamente, choques violentos, cuando el grueso de la colectividad intenta en algún sentido el equilibrio de su vida ordinaria.

A pesar de estos choques, el Estado subsiste y ello afirma en los espíritus mediocres la inmutabilidad del sistema, al cual decretan de antemano su voluntaria dependencia.

Subsiste el Estado, como se comprende, pero no las formas de gobierno. Y es que aquél se apoya en la autoridad para imponer su arbitrario cometido, y éstos (los gobiernos) expresan, a lo sumo, el origen de la fuerza con que lo apuntalan. No es posible tampoco otro recurso que el de la fuerza, para perpetuar un privilegio que repugna al sentimiento de libertad innato a todo individuo normal.

Sin embargo, en alguna forma podría demostrarse que el pueblo es solidario con cada gobierno y le brinda gustoso su apoyo. Pero poco representa esta suposición si consideramos que la sutil artificiosidad del privilegio, mantenida a todo trance y por medio de todos los resortes de la educación y cultura, crea una serie de obstáculos en medio de los cuales el hombre se anula grandemente, por gravitación de las multitudes que llegan a considerar razonable el equívoco de aquel artificio, y luego por su propio agotamiento.

No obstante, la tendencia liberadora se manifiesta a cada momento.

En el orden individual, todo cuanto significa un aporte valioso a la civilización ha sido forjado al margen de toda influencia oficial, y aun, en mu-

chos casos, a despecho de su persecución sañuda e implacable. Ello no es obstáculo para que el Estado se lo haya procurado en todo tiempo, para uso y beneficio de la clase privilegiada que lo complementa, alterando en la mayoría de los casos la desinteresada solidaridad que pudo hacer concebir aquellos adelantos en el cerebro del genio.

En otro sentido, colectivamente, allí donde no llega el apoyo decisivo del Estado, la iniciativa privada suple también de inmediato y con eficacia aquella pretendida tutela, pero esta demostración de espontánea solidaridad es lógico que no alcance la armonía que fuera de desear, dado que está viciada desde su origen por derechos que tácitamente se invocan o reconocen, o por jerarquías de todo orden; en resumen, porque en su gradual desarrollo y estructura se confía en la salvaguardia del Estado para establecer en la provocada especulación de los intereses creados el respectivo y proporcional privilegio. Este, a su vez, desde que descansa en la obligada concurrencia del trabajo ajeno, vicia toda naturalidad y tiende a relajar aquel primer impulso, que pudo ser y fué de noble cooperación. Tales ejemplos, que abundan, no obstante el fracaso en que degeneran, son bien elocuentes para demostrar la ineficacia del Estado y su influencia en uno de sus aspectos menos impresionantes, aunque no por ello menos fundamental, de degradación colectiva.

Sin ánimo de discutir la sinceridad que pueda animarles, observaremos que en el juego de los partidos políticos, que son fuerzas del gobierno, se proclama no obstante y procura el equilibrio de las sociedades. Pero estos propósitos y esfuerzos se limitan y esterilizan en el círculo vicioso en que se actúa. En otras palabras: se intenta regularizar por medio de lo que provoca tal desconcierto.

Todos los gobiernos pretenden uniformar al pueblo de acuerdo con la clase o modalidad sobre la que se fundan. Y es curioso observar cómo los que niegan sin descanso la igualdad social (que puede preverse irrealizable si nos atenemos a su forma de expresión, son los que admiten sin asombro aquella unidad que se pretende imponer por sobre todo albedrío y cuya superchería resalta hasta en los menores detalles.

Es evidente, entonces, que apoyar tal o cual forma de gobierno, aparte que ello eterniza la necesidad del Estado porque no ejercita y desarrolla valores permanentes y significativos del individuo, es seguir propias y personales conveniencias y supone siempre, en el fondo de cada conciencia, un apoyo interesado, según las perspectivas que nos halaguen y los intereses, de cualquier orden que sean, que nos preocupe obtener.

Esta situación es tanto más grave cuando el individuo acalla el ideal que pudo forjarse, supeditando su bondad, que aún le reconoce, a una anormalidad que no comparte enteramente. Por lo contrario, no concebir discrepancia alguna entre la idea que se elabora y la realidad que se vive, supondría sencillamente crudo envilecimiento o mentalidad supina.

Existe en todo esto una graduación que establece el grado de dependencia entre las imposiciones establecidas y la rebeldía innata a todo individuo. Ello puede significar, a lo sumo, la posición ocupada entre un extremo absolutamente regresivo o primario, de total dependencia, y el otro extremo, ideal latente de la especie a través de todos sus choques, de total liberación. Se entiende que la total dependencia y la total liberación, que empleamos para mayor ilustración, no existen refiriéndonos a su valor personal. De la primera nos hemos alejado, si existió tal estado, y la seguda habrá de estar limitada siempre a nuestra posibilidad humana.

No es esencial a nuestro propósito precisar ambos extremos. Pero, sí conviene destacar la feliz comprobación de una evolución histórica que en algún sentido los determina y distingue. Puede saberse con cierta propiedad el apoyo que cada tendencia o individuo aporta a la superación de cada uno. Y no es menos cierto que surge indudable en todo ello que el principal obstáculo con que se tropieza es despejar el sofisma sobre que se funda cada postura redentora de la presunta panacea del gobierno.

La nó cooperación con el Estado, atentos a la función que realiza, no parecería significar entonces, como algunos se empeñan en afirmarlo, acción desorganizada y negativa. Antes bien, la historia de las naciones demuestra a menudo cómo los peores gobiernos han caído principalmente por falta de cooperación, motivado por sus graves errores. Si a esta actitud, que en el orden político es táctica interesada que nada fundamental resuelve por cuanto es simple suplantación de forma, le concedemos algún valor, que lo tiene, ello da la pauta para resolver de lleno un problema que sólo requiere abarcarlo en toda su grave trascendencia, ajenos a cualquier limitación y egoísmo, para lograr la armonía anhelada.

No se trata, como se comprende, de establecer predominio o rotación de clases sociales, cuyo forzado determinismo habrá de requerir violencias para sobrevivir; ni menos funciones mesiánicas, pues atrofian la personalidad, que es fuente de todo progreso.

Debemos persuadirnos de que sólo es preciso despejar el camino de los obstáculos creados, para que resplandezca el fondo de humanidad que anida en el corazón de todo hombre.

V. P. FERRERIA

Como se carece de motivos para procesarlos, se anuncia la entrega de los presos sociales a sus países de orígen, y fácil es comprender la gravedad de tal medida, si se llegara a concretar en hechos irremediables, sabiendo que algunos de estos países están gobernados por tiranos de la peor especie que sólo desean ensañarse con estos hombres que persiguen sin tregua en un inútil empeño de atemorizar a los pueblos que oprimen.

Los presos sociales, que aquí se ha dado en llamar malévolamente, "indeseables", serían, pues, las víctimas propiciatorias de esta ignominia, por el sólo hecho de haber sido los principales intérpretes del sentir colectivo de los que trabajan y sufren.

En señal de protesta han decretado la huelga de hambre, y este hecho debe conmover las conciencias libres, pues el destino que a éllos les aguarda, podría ser mañana el que esté deparado a cuantos alientan ideas de redención.

Los obreros y estudiantes sobre cuya suerte pende esta amenaza de fuerza no son "indeseables". Han dignificado sus vidas de lucha y afanes, con un claro ideal que nó vacilaron en proclamar, pese a todos los sacrificios y persecuciones.

En esta dolorosa oportunidad expresamos nuevamente nuestra simpatía y solidaridad hacia los camaradas que sufren y deciden el sacrificio de sus propias vidas, así como también formulamos nuestra protesta de hombres dignos y conscientes, ante el atropello de que piensa hacérseles víctima.

CARTAS SOBRE LA MUSICA ::

La música predispone al amor. — Stendhal

XIII

Mi querida amiga:

Hay entre nosotros una agrupación que se titula «Teatro Lírico Experimental Argentino».

Voy a hablarle de sus espectáculos con el rigor que debe ponerse al comentar los desaciertos de todas aquellas iniciativas que nacen al calor de un propósito altruísta y que malogran sus efectos por falta de orientación.

Esta severidad, a mi juicio, vale más que todos los elogios más o menos corteses que los animadores de la empresa hayan recibido, pues les permitirá recapacitar sobre la labor que con tanto sacrificio personal realizan.

Asistí a la representación de «Traviata», cordialmente invitado por la Comisión Directiva de la agrupación. Esta invitación, formulada en tono tan amistoso, me inhibía en cierto modo para opinar con libertad, pues mi simpatía acompaña a los que mueven ese organismo con evidente desinterés y esfuerzo personal, con el fin de elevar el nivel artístico de nuestro medio ambiente.

He resuelto, sin embargo, confiarle escuetamente lo que pienso del espectáculo y de los intérpretes, con absoluta franqueza.

Ante todo, ¿de qué índole es el experimento que realiza esa agrupación?

¿Experimenta intérpretes?

Si así fuera, la experiencia es vieja como el andar a pie y se realiza en todos los teatros del género.

El flamante organismo vendría a ser algo así como una incubadora de cantantes argentinos..., nada más que de origen. Con lo que el arte no saldría ganando ni poco ni mucho. Porque el cantante es solamente un instrumento y es algo más recién cuando crea hasta el aire que respira.

Todo ha de ser nuevo en un teatro experimental. La música, la letra, la forma de interpretar, la manera de encarar todas las dificultades inherentes al género que se quiere cultivar.

En vez de esto, que justificaría la denominación de Experimental, nos encontramos con un espectáculo viejo, una mala imitación de lo que hace el viejo teatro lírico de la burguesía.

Los mismos vicios de interpretación, idénticas fallas de presentación y buen gusto.

Alrededor de unas pocas figuras jóvenes, todo el lamentable cortejo

de los que se han repartido las migajas de ese arte fastuoso y falso de la ópera italiana.

En eso no puede haber intención artística.

Un viejo director profesional, dirigiendo una escasa y mala orquesta, con todos los vicios y prejuicios musicales de hace cien años; un coro de zapateros y ancianas respetables y dos o tres jóvenes cantantes cuya única aspiración, se advierte, es la de alcanzar la gloria de las estrellas del «bel canto»... Y nada más.

Cantantes de buena voluntad y escasa cultura y de voz común en los escenarios líricos. Decorados comunes, utilería y vestuario grotescos y vulgares, ¿cuál es en suma, la experimentación que se quiere hacer con estos elementos?

Yo entiendo que se experimentaría de verdad si se reuniera un grupo de aficionados o aprendices o como quieran titularse y un maestro joven, moderno, les quitase con paciencia los vicios de la antigua escuela de canto.

Si se organizase una orquesta de elementos jóvenes, no de profesionales cansados; si se preparasen nuevos decorados y trajes originales para dramas, óperas y canciones que no se han hecho nunca en nuestro país.

Así sí que este organismo cumpliría plenamente con sus propósitos y el país contaría con una nueva empresa de cultura.

Le besa las manos

Leonidas BARLETTA

Todas las colaboraciones son inéditas y especialmente escritas para "NERVIO"

LA ESCUELA Y LA DEFORMACION :: DEL CARACTER ::

LOS peores prejuicios se deben a la escuela. Todo lo que el hombre lleva grabado en el corazón y en el cerebro, tiene un sello de su niñez; y si en la niñez se ha deformado el pensamiento y el corazón, no podrá ya volver a ser lo que hubiera sido con una educación desprejuiciada.

En la escuela se enseña al niño una serie de cosas que perjudican su inteligencia y su destino futuro como miembro integrante de una sociedad de hombres. El patriotismo, que degenera forzosamente en un egoísmo nacionalista, tiene su origen en la escuela. Si se le narra a un niño la batalla de San Lorenzo, aunque en ella no hay nada de notable, verá en esa batalla hombres que por ser argentinos son mejores que otros... Ya está abierto el camino que lleva a las imbecilidades patrioteras. Todas las tonterías con que se salpica la historia argentina (todas las historias son tonterías), no hacen otra cosa que crear el futuro estado belicoso en el ciudadano futuro.

El patriotismo es ya algo impuesto a fuego por el Estado. Pero hay una mayor cantidad de males. Y éstos tienen su origen en los prejuicios del maestro y la maestra. Hoy día, intelectualmente, no hay nada más desastroso que una maestra o un maestro (las excepciones no cuentan).

Las maestras, generalmente, están todavía en los siglos pasados. Son, por lo general, ignorantes. El pensamiento moderno no les preocupa. No leen. Si leen se trata de novelas sin valor, destinadas a arrancarles algunas lágrimas... No saben que el mundo marcha. Y si por acaso oyen alguna frase escapada, referente a ideas claras y hermosas, se escandalizan. Educadas en el jesuitismo, todo en ellas es falso como el color de la cara. Hablan estirando los labios y tienen gestos profundamente cursis, reflejo de un estado mental desastroso. Todavía creen en los títulos, en el dinero, en eso de "las buenas familias". Se pliegan servilmente ante los poderosos y no se interesan por los niños del pueblo, elemento muy caro al porvenir. No saben todavía que el trabajo es todo, que la vida es trabajo. Les interesa el magisterio porque en el magisterio no se está mal. Creen, asimismo, en eso de la vocación, por pura conveniencia personal.

En cuanto a los maestros, los hay de la misma talla. Permanecen al margen de toda renovación. Están convencidos que después de nombrar a Sarmiento todo se acabó para la pedagogía argentina. Se estancan por pura haraganería. Tampoco leen, más que "Mundo Argentino" o tonterías por el estilo. Ignoran, como las maestras, que el mundo marcha a pasos de gigante y que ellos, los maestros, están a la zaga de los luchadores. Si un maestro sale de lo vulgar, se le persigue y se le trata de loco. La mayoría no quiere ser ni loco ni perseguido.

He aquí por qué afirmamos que la escuela deforma el carácter. Más aún, lo destruye. Por eso hay tantos estudiantes y tan pocos estudiosos. Un niño que haya tenido la desgracia de asistir varios años a una escuela común, está casi deshecho. Si acierta luego el camino hará un verdadero prodigio. Entonces podremos asegurar que en la escuela no quiso aprovechar lección alguna. Habrá sido uno de esos discípulos más fuertes que la disciplina escolar, por lo cual se habrá mantenido aun con capacidad para luchar.

Conviene hacer notar que la maestra imprime al niño un carácter apocado. No quiere decir esto que en lo futuro no deba haber maestras; podrá haberlas, pero educadas fuera del jesuitismo y los prejuicios propios de la mujer moderna. (No entra aquí la mujer del pueblo, que casi no tiene educación, lo cual quizá le sea provechoso.)

La escuela está completamente fuera del camino... Se ha quedado atrás en tres siglos. Los progresos técnicos no significan renovación de valores mentales. A veces lo invisible es lo más perjudicial, tratándose de educación. Si vemos una caligrafía, podemos asegurar que se debe a una mano experta en el arte de escribir; pero nos interesa que esa mano no sea mañana experta en la acción artera y falaz.

Pero no es de creer que cambie este estado de cosas mientras el cambio no sea fundamental. Se educa a los pueblos de acuerdo a las normas establecidas por el Estado. En esto no se tiene en cuenta para nada lo beneficioso, lo justo o lo honrado. Si algo conviene al Estado hay que enseñarlo, aunque ese algo conduzca luego a la degradación y la barbarie, como sucede con la guerra. Toda una selva de prejuicios enredan entonces el alma humana, próxima a hacer eclosión, como en el caso del alma infantil. Se destruye mentalmente a la infancia, por temor, por egoísmo o por ignorancia.

Esta es nuestra opinión. Si hay maestros o maestras que se consideren fuera del cerco estatal, salgan a la palestra, expongan sus pensamientos, luchen, en fin.

Un día será necesario destruir la escuela, para crear algo más en concordancia con el pensamiento y la voluntad.

Alberto ***MARITANO.***

EL SOLITARIO :: :: DE GRUNENWALD

«...Una sola condición es necesaria: que nuestros pies no pierdan jamás contacto con la tierra firme, que nuestros ojos jamás pierdan de vista a las estrellas.» — Walter Rathenau.

Uno de los espectáculos más hermosos que se encuentran en el Universo, después de la mujer, es la vida de un gran soñador. Y si esta vida se desploma truncada por fidelidad, por devoción a una idea, el cuadro bello se engalana mucho más, se aroma de sacrificio, tórnase ejemplo vivo para los verdaderos hombres.

Los idealistas, los luchadores humildes, necesitamos evocar estas existencias heroicas, aunque algún abismo ideológico pueda separarnos de ellas. En nuestras horas de tempestad, nos reconfortan; en las noches de desaliento, nos dan una sensación de seguridad porque nos muestran la aurora que no tardará en llegar.

Por eso, creo que estará bien en las páginas de NERVIO — hogar de idealistas apasionados — el recuerdo de quien, fiel a sus ideales, cayó, víctima del plomo reaccionario y *chauvinista,* el 24 de junio de 1922, mientras iba en su coche por una calle de Berlín.

La existencia de este arquitecto social, combativo por ser reformader, con no se qué de profeta hebreo, ha sido una larga plática con el mundo en torno a cuestiones de técnica, de metafísica, de cultura y de política. Y ya sabéis que pláticas de esta especie son siempre monólogos. Y el monólogo es la vía de los solitarios.

Algún día habrá de escribirse en vidas paralelas las de los grandes solitarios: el de Galilea, el de Neuhof, el de Yasnaia-Poliana, el de Grunewald que se llamó Walter Rathenau.

Nació capitán de industria. Su padre es el fundador de esa Empresa tentacular denominada A. E. G. (Allegemeine electricitats gesellschaft). Sin embargo, no quiso permanecer como vulgar financiero sin entrañas o insolente magnate, ni sentíase cómodo en la burguesía. En carta a Ebert (16 de diciembre de 1918), quejándose por haber sido eliminado de la Junta socializadora de las industrias, exclama: «No creo que en la clase burguesa haya muchos hombres que, a despecho de toda hostilidad y comprometiendo su posición social, se haya opuesto con tanta fuerza a la guerra y fundado un nuevo sistema económico sobre base científica, como yo, por deber, he hecho.»

Forma su juventud en las ciencias y las letras. Ingeniero, luego doctorado en ciencias físiconaturales, se entrega a explorar la naciente electro-

química, y en el labortorio y en la fábrica se prepara para dirigir la A. E. G.

Ya es una potencia en la industria eléctrica y en la alta banca. El no quisiera, mas cada día se sumerge más y más, como en tembladeral, en el turbio mundo de los negocios. Millones son las unidades que maneja.

Pero no bien puede, escapa de sus dínamos, turbinas, acumuladores y transformadores, para encerrarse en su villa de Grunewald. Le aguardan ahí los brazos de su anciana madre — la única ternura femenina que apetece — y el silencio sonoro de viejos pinos a cuyo amparo gusta conversar con filósofos y artistas amigos.

Allí, en su residencia, abísmase en hondas meditaciones. ¿En qué medita? En la organización social de mañana, en un Estado nuevo sin privilegios para una clase, en una Economía nueva que no estrangule el alma humana. Para reposar, este griego sin ocios, tan pronto pinta un cuadro, como escribe versos o ejecuta alguna sonata antigua. Así nos lo describe Emil Ludwig, para quien Rathenau «fué quizá la inteligen-

WALTER RATHENAU
Ilustración para NERVIO, de José Planas.

cia mejor dotada de su época.»

Allí, en su mansión de soledades, ni los tapices orientales, ni las finas porcelanas, ni las tallas renombradas, ni los cristales venecianos de esos que alaba d'Annunzio en «Il fuoco», ninguno de los pequeños lujos de que se rodea con buen gusto, hácenle olvidar las angustias de los hombres que no son sino músculos de oro para el sistema capitalista.

Desde su mocedad había entrevisto como posible la fraternidad en la tierra. Sus estudios de Botánica, a que fuera aficionado, le dieron a pensar en que la simbiosis podría cumplirse también entre los seres humanos como entre los vegetales. Muchas veces puso un rayo de luz en su intelecto esa ley biológica que mueve a la harmonía. «El estudio de las leyes de la simbiosis — escribe en uno de sus ensayos, — de la asociación de organismos tendiendo hacia una vida común y una ayuda mutua, dejó en mi espíritu una profunda huella.»

Más tarde, cuando le toca ser director de Empresa y conoce el dolor de los que producen sin más pausa que la muerte para que unos pocos acumulen riquezas, y advierte las prerrogativas desmesuradas concedidas al capital, el capitalista se vuelve el más grande, el más hosco anticapitalista.

Rathenau, entonces, vive para difundir su mensaje. Publica libros y el escritor subleva a los burgueses alemanes. No pueden tolerar que uno de los suyos haga fuego contra quienes han nacido para mantener y detentar la explotación.

Nada le detiene. Tampoco le arredran las persecuciones con que, por pertenecer a la raza proscripta, acosan al político los nacionalistas. Y si éstos no le hubiesen asesinado, seguiríamos oyendo su voz valiente que suena a Lutero, a Marx, a Nietzsche, a Spinoza y también no poco a San Francisco de Asís.

Más de la mitad de la vida llevaba andada, cuando una mujer se le cruza con su madura adolescencia de 23 años. Pareciera que al final del sendero de todo luchador, una mujer siempre espera. Rathenau puede gozar la primavera en otoño. Se acerca al jardín, pero no toca las rosas. Cuando nos llegue su epistolario amoroso, recientemente publicado en Alemania, sabremos qué le detuvo.

Quizá creyó que ya no se pertenecía. O no quiso encontrarse con vaso frágil que se rompiera al peso de su dolor y su decepción. Porque desde que conoció los males del capitalismo, desde que supo cuánta inmoralidad se encierra en las ganancias ilimitadas, sólo ha añadido dolor a su vida. Sin sufrir, sufre. Y se rebela. Y blasfema.

Combate el régimen social, que le parece monstruosamente injusto. Predica el retorno a la era anterior a la «mecanización», que roba sentido a la vida. Se encara con los ricos, a quienes expulsa del «reino del alma»,

para preguntarles con qué derecho lo son. Señala los peligros del militarismo. Aconseja poner límites a la riqueza individual, considerando culpable a todo hombre «que reserva y utiliza para sí y sus descendientes una suma de bienes materiales mayor que la estrictamente necesaria para las exigencias de una vida moderada». Sus ataques más rudos los retiene para la plutocracia. A esta oligarquía la estima la más odiosa de todas. Porque no realiza otra función que enriquecerse y sostenerse parasitariamente, porque es dueña del Poder, dirige la opinión por la prensa grande, limita la libertad y la dignidad humanas, prepara y trae la guerra.

Aquí tenéis trazado el perfil del solitario de Grünerwald. No me propuse otra cosa en este artículo. Vosotros diréis si he acertado, si os quedáis con deseos de conocer mejor el pensamiento de Walter Rathenau. Adentrarnos en sus ideas podrá ser materia de algún otro trabajo nuestro.

Pedro B. FRANCO

* * *

DOS POEMAS DEL SERVICIO MILITAR

I – Polígono de tiro

Mi cobardía que sostiene un máuser,
un capitán que ensucia unas palabras,
tiros que despedazan el silencio,
blancos a la distancia,
y un letrero anacrónico que insulta:
«Aquí se aprende a defender la Patria».

o o o

II – Lugar común

La desgreñada noche se hizo dueña del patio,
el viento zamarrea mi capote y los árboles.
De la cuadra, corriendo, sale un hombre desnudo
y una voz inhumana — ¿de cuál sargento bruto?
—¡Cuerpo a tierra!
Y el hombre se arroja sobre el barro...
A mí se me escapaban los gritos y las manos!

LA SOCIEDAD TEOSOFICA : : AYER Y HOY

Creemos un deber de nuestra parte adelantar al lector que si algún aspecto personal puede tener este artículo ello es inevitable, dado el tema que trata, y no supone alteración alguna de la norma que nos impusimos de prescindir de todo asunto personal o subalterno que nos desviará de nuestro propósito inicial de propender a la cultura del pueblo.

Antes por lo contrario, no sólo brindamos al señor A. Montesano Delchi la cordialidad de estas columnas, íntimamente reconocidos por la confianza que nos dispensa, sino que hemos procurado y conseguido su promesa de colaborar asiduamente, dilucidando temas que atañen al espíritu y que reputamos de excepcional importancia para la liberación de todo individuo imbuído de cualquier idea religiosa.

Por la reconocida capacidad de nuestro estimado colaborador, pues que tal lo consideramos desde ahora, y porque se agrega con desinteresado entusiasmo a la significativa falange que nos acompaña y apoya, es por lo que entendemos que ello es la mejor contribución a que podíamos aspirar, en obsequio de los simpatizantes y lectores de NERVIO.

N. de la R.

DEDICO las líneas que siguen a los miembros inteligentes y libres de prejuicios de la Sociedad Teosófica. Supongo que aún quedan algunos.

Pensar que yo haya tenido o tenga encono contra dicha Sociedad o contra sus componentes es pueril y sólo demuestra sectarismo o ignorancia. He sido miembro de esa agrupación durante ocho años y, sin haberlo jamás pretendido, llegué al elevado cargo de presidente de la Sección Argentina. Le di, con el mayor desinterés, mis mejores energías, todo mi tiempo y mi peculio; realicé jiras de propaganda por el interior del país y por el exterior; derramé torrentes de palabras y de tinta — ¡ay de mí, demasiado! — para llevar su verbo a todas partes y sentí siempre un gran afecto y una profunda estima hacia sus fundadores, en particular hacia la señora Blavatsky, a quien sigo considerando una mártir, aunque no en el sentido del señor Roso de Luna.

Protesté, me sublevé ante la incomprensión de sus miembros y al fin me retiré de esa Sociedad cuando, en mi concepto, estimé que su misión había terminado. De no habérseme cerrado las puertas de la revista oficial, desde la que yo pensaba haber hecho oir mi voz, me habría sido muy fácil demostrar por qué yo estimaba fenecida la misión de la Sociedad. Dejé pasar el tiempo y soporté la campaña de falsedades y de calumnias en que «fraternalmente» se embarcaron mis antiguos «hermanos». Y es probable que habría continuado en esta actitud indefinidamente de no haberse producido algunos hechos que vienen a justificar mi actitud. Uno de estos hechos, de la mayor importancia, y que se ha repetido a distancia de dos años, es que tanto en el Congreso Teosófico de Chicago (agosto de 1929), como en el último de Londres (julio de 1931), mundial el uno, federativo europeo el otro, se insistió en la necesidad de dar a la institución un nuevo programa y una nueva orientación. En el primero de esos congresos, el señor Wood llegó a proponer, con toda valentía, que se clausurara la Sociedad, manteniendo sólo una revista de carácter cultural e internacional. No tengo detalles del Segundo Congreso. Pero, a juzgar por lo que leo en el último número de la revista *Gnosi* — órgano de la Sección Italiana, — algo semejante debe haber ocurrido. En los dos congresos se llegó a las mismas conclusiones, en lo que concierne a la reforma: dejar librada la decisión final al Consejo de Adyar. Ese Consejo jamás resolverá nada en dicho sentido. Invocará razones de orden legal y jurídico y dejará las cosas como están. Es que hay, dentro de la Sociedad, una enorme montaña de intereses creados que se opondrá siempre a las reformas radicales. Me duele hacer esta afirmación, pero la mantengo. Como dato sugerente, agregaré que el Congreso de Londres fué presidido por un obis-

po de la Iglesia Católica Liberal, el señor Arundale.

Me corresponde el mérito — lo digo sin jactancia y únicamente para que se sepa que no me compliqué en ningún compromiso de orden subalterno — de haber sido en Sud América tal vez el primero en comprender que había llegado la hora de adoptar una nueva actitud frente a la situación nueva que se había producido. La misma actitud asumió casi contemporáneamente en Bélgica el señor Deville. En tres conferencias privadas que di en la A. B. T. A. (septiembre-octubre de 1928) dije que araíz de las declaraciones del señor Krishnamurti, era preciso comportarse con todo el valor y la altura que cuadraba a librepensadores cuales nosotros pretendíamos ser. Como único resultado coseché este reproche: «que yo traía la confusión». He de agregar también que mis preocupaciones a este respecto nacieron mucho antes que el señor Krishnamurti se presentara como Supremo Instructor. En 1925 — primer cincuentenario de la Sociedad Teosófica — envié a la señora Besant, presidenta de la misma, una carta pidiendo reformar los conocidos tres propósitos de la institución. La señora Besant tuvo la deferencia de publicar mi carta en el número de *The Theosophist* correspondiente al mes de diciembre de dicho año. Pero el asunto no pasó de ahí. Las terribles razones de orden legal y jurídico pudieron más que el buen criterio y el amor a la verdad.

A fin de que los lectores que no están al corriente de los hechos comprendan mejor de lo ocurrido, voy a decirles brevemente de qué se trata. Quien desee más detalles puede consultar mi libro ***Krishnamurti y su Mensaje.***

En enero de 1910 se fundó, al amparo de la Sociedad Teosófica, una asociación internacional que recibió varios nombres, pero que en general fué conocida con el de «Orden de la Estrella». Su objeto era preparar al mundo para recibir a un Gran Instructor. El hecho se presentó más o menos metapsíquicamente, es decir, que dicho Gran Instructor utilizaría como vehículo un cuerpo preparado *ad hoc*. Este vehículo sería el señor Krishnamurti. El caso estaba previsto, aunque no en la forma en que se le presentó en las obras de la señora Blavatsky y particularmente en *Clave de la Teosofía* (su título exacto es «Introducción a la Teosofía») en cuya página 220 se lee: «...el próximo impulso tendrá en su ayuda una corporación *unida* y numerosa, dispuesta a recibir favorablemente al nuevo portador de la antorcha de la Verdad».

Es el mismo pasaje que publica por extenso la revista italiana arriba mencionada y que yo había recordado en diversas oportunidades. Pero los miembros de la Sociedad Teosófica se han hecho siempre los desentendidos, incluso los más fervientes blavatskianos.

Quienes mantenían la cohesión de la Orden de la Estrella y dirigían sus actividades eran los M. S. T. (1). La Orden se difundió por todo el mundo y llegó a ser una agrupación más poderosa que la misma S. T. A pesar de cierto tinte religioso y de cierto carácter mesiánico inferior que se le dió, fué una hermosa escuela de desinterés. Era su jefe el señor Krishnamurti y su protectora la señora Annie Besant. Dentro de la Orden se formaron grupos llamados de «Auto-Preparación», cuya finalidad está explicada en el título. Dominicalmente, se repetía en esos grupos el estribillo que era necesario mantener la mente siempre dúctil y libre de prejuicios, a fin de estar preparados para comprender y aceptar lo que el G. I. diría, *aunque fuese todo lo contrario de lo que se nos había dicho hasta entonces.*

Lector amigo, asómbrate pero no te caigas de bruces. Vino el G. I., habló y dijo todo lo contrario de lo que se había dicho hasta entonces, y escribas y fariseos de la S. T. le gritaron: «Tú traes la confusión...»

¿Qué dijo en síntesis el señor Krishnamurti? Verdades tan antiguas como el mundo. Que el problema fundamental para todo ser humano es alcanzar la liberación total. Que para llegar a la percepción de la verdad no hacen falta dioses, maestros, sacerdotes, gurús, intermediarios de ninguna clase, pues todos ellos son más bien un estorbo. Que esa percepción es el resultado de la propia experiencia y del propio esfuerzo para asimilarla, residiendo en ello todo el destino del hombre. Que el problema individual es el problema del mundo. Que quien desea alcanzar la liberación — meta final de toda existencia individualizada — puede hacerlo inmediatamente sin preocuparse del karma, de reencarnación, de ciclos, rondas, ocultismo, rituales, ceremoniales, psiquismos o lo que fuera. Y por fin que nadie tomaba posesión de él sino

---

(1) ***Con las iniciales M. S. T., S. T. y G. I. se indica respectivamente a los miembros de la Sociedad Teosófica, a ésta y al Gran Instructor.***

que él mismo con sus propios medios había alcanzado su objetivo supremo.

Era un vuelco total del cofre seudo teosófico pacientemente llenado hasta el borde con toda clase de supersticiones durante medio siglo por intermediarios interesados, ignorantes y sectarios, frailes y fanáticos que habían transformado una agrupación fundada con fines elevados en una iglesia con sus devotos feligreses y en un vivero de ambiciosos y desequilibrados. No sin razón mi ilustre amigo el doctor Krishna Maunuwal la llamaba «Museo Antropológico».

A fin de tener una visión más directa y completa, en julio de 1929 me fuí a Ommen (Holanda), al Congreso de la Estrella. Lo que vi lo dejé escrito en el mencionado libro y no es el caso de repetirse. Me circunscribiré, pues, al punto que se refiere al ambiente de la Sección Argentina de la S. T. A mi regreso, el presidente de dicha Sección — mi sucesor — me solicitó una colaboración para «Teosofía en el Plata». De los tres temas que le envié eligió el que llevaba por título «Krishnamurti y la Sociedad Teosófica». Confieso que al remitírselo dudaba que lo publicase. Cuál no sería mi sorpresa y mi alegría al recibir una carta en que no sólo me comunicaba la aceptación y la próxima publicación de mi trabajo, sino que me felicitaba efusivamente por haberlo escrito. El artículo, en efecto, apareció en el número 71 (septiembre de 1929) y... ahí fué Troya. Un huracán de protestas, diatribas, dicterios, reproches y amenazas se desencadenó en toda la sección. Parecía que se la había asesinado. La conmoción fué honda y general. Era eso precisamente lo que yo me había propuesto y no lo del asesinato: conmover, porque es ésta la única manera de renovarse y progresar.

Yo daba por descontado el apoyo de mi sucesor y del Consejo que lo rodeaba. Juntos, se me ocurría que podríamos haber realizado una magnífica labor de oportuno despertar. ¡Ingenua ilusión la mía! El Secretario General (así se llaman los Presidentes Seccionales) se vió acusado y acosado por el mismo Consejo, se amilanó, dió máquina atrás y como medida expiatoria y reparadora me cerró las puertas de la Revista, de esa Revista que yo le había transmitido llena de un sano vigor y con un carácter bien definido, según se me decía acá y se me había repetido en Chile. El espíritu de compromiso y la falta de valor moral habían asfixiado una vez más el amor a la verdad. Fué entonces cuando me separé para siempre de esa Sociedad que ya no era lo que debía ser.

Los fariseos, sin embargo, no se dieron por satisfechos con el castigo. Creyeron que el mal era irreparable — ¡pobre Sección que tambalea al soplo de un modesto artículo!, — continuaron el fuego contra el Secretario General y, con la complicidad de parte del Consejo que había renunciado, cuando se presentó el momento de la elección para renovar las autoridades, intensificaron la lucha haciendo pie en la publicación de mi artículo. Hubo escenas realmente vergonzosas. Los paladines de la religión de la Verdad se pusieron al nivel de la gente de los comités políticos de última categoría. El foco de la oposición fué la Logia Dharma, de esta ciudad. Sus dirigentes no se arredraron ni ante la falsificación de un documento público, mi artículo, con tal de obtener el triunfo... electoral.

En dicho artículo las palabras finales decían: «que los dirigentes de la S. T., sin excepción alguna, no habían estado a la altura de las circunstancias». En el pasquín publicado por la mencionada Logia en los primeros meses de este año esas palabras aparecían falsificadas deshonestamente así (pág. 9): «...al permitir que en el propio órgano oficial se insulte a la Institución y a todos sus miembros, «sin excepción alguna», según el mismo artículo». No hay necesidad de comentario alguno. Esa ignominia fué enviada al Cuartel General de Adyar, especie de *Sancta Sanctorum* de la S. T. como cuerpo del delito en la acusación contra el Secretario General.

Ignoro qué valor se le habrá dado allí, aunque sospecho que habrán maniobrado diplomáticamente, como lo hacen siempre, a fin de no ver mermadas las remesas que los miembros envían anualmente, único hecho de real importancia. Ignoro igualmente qué habrá pensado al respecto el señor Jinarajadasa, quien ha estado aquí, conoce el español y no puede haber pasado inadvertida la burda falsificación de mis palabras.

Hoy, a dos años de distancia, me ratifico ampliamente en lo dicho: *Ninguno de los dirigentes de la S. T., frente a Krishnamurti, ha estado a la altura de las circunstancias.* Con su actitud equívoca han matado a la Institución. Debían haber tenido el valor moral de hacer una declaración terminante y honesta, en un sentido o en otro. O Krishnamurti es el G. I. que ellos anunciaron y presentaron, y entonces su palabra debía ser la definitiva y había que proceder a la liquidación de la S. T. por cesación de negocio, o Krishnamurti no era tal G. I. y en ese caso debió haberse dicho francamente: «Señores, nos hemos equivo-

cado». En cambio, han estado buscando conciliaciones y reconciliaciones imposibles y han tratado de «echar puentes» — la expresión es del señor Jinarajadasa — sobre un abismo separado por pendientes demasiado distantes entre sí para ser unidas, por grandes que sean los recursos de estos nuevos ingenieros puentistas. El lector que desee convencerse de lo que acabo de escribir, puede recorrer el número de septiembre de la «Revista de la Estrella». Hallará un magnífico artículo de la señora Emilia Lutyens — exfigura prominente de la S. T. inglesa, — quien ha tenido el valor de una confesión como no la ha hecho ninguno de los dirigentes de la institución, demostrando que ella sí estuvo a la altura de las circunstancias. Este es otro de los hechos al que me he referido en el comienzo de esta nota.

Volvamos a la S. T. Sus tres Propósitos, bien conocidos, dicen: 1º Fundar un núcleo de Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color; 2º Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias; 3.º Estudiar las leyes inexplicadas de la naturaleza y las fuerzas latentes en el hombre. Hemos de advertir que cuando se fundó la Sociedad los tres mencionados propósitos no existían. Su programa era más extenso, más complicado, un poco más confuso, pero más práctico, es decir, más realizable.

Esos tres propósitos hasta la fecha han resultado negativos. El «núcleo» no se ha formado en ninguna parte. Las logias teosóficas son modelos perfectos de intolerancia, de discusiones y de polémicas enconadas entre los semianalfabetos que la componen y que transforman cualquier borrachera mental en una superioridad espiritual. Son focos de orgullo intelectual, de ambiciones personales que no reparan en medios para conseguir una prevalencia o un cargo, actitud que se explica si tenemos en cuenta que ese cargo da un poco de lustre, de figuración y de representación a muchas nulidades. Conocemos un caso típico. En una República centroamericana, se discutía la cuestión de si el Gobierno debía o no permitir la entrada de los negros al país. El debate llegó a contaminar a una Logia teosófica cuyos miembros también se trenzaron en una fogosa discusión de si procedía o no el permiso de entrada al país de la raza de color.

El segundo propósito suele dejarse, con sano criterio de precaución, en el silencio y en el olvido. ¿De dónde habrían de sacar los ingenuos e impreparados M. S. T. los conocimientos necesarios para estudiar comparativamente religiones, filosofías y ciencias? Más culto se le rinde al tercero. El estudio y de consiguiente el desarrollo de los poderes latentes es tentador. Superfluo es agregar que ese estudio y ese desarrollo casi siempre derivan hacia el hipnotismo, la sugestión, el mesmerismo, la mediumnidad y toda la vastísima flora de las mancias (adivinación). Al amparo de esa interesante situación han hecho su agosto aventureros de todas clases y de toda calaña.

Mi distinguido amigo don J. Fernando Carbonell — uno de los teósofos más antiguos y más prestigiosos de Sud América, — en un artículo publicado el año pasado, en «Teosofía en el Plata», reconoció lealmente que la S. T., hasta la fecha, no había llenado sus fines. El escritor se consolaba pensando que podía llenarlos... en el futuro. Ninguna discusión es posible sobre hipótesis que están por realizarse. De modo que me limito a dejar constancia de tan respetable opinión.

Si examinamos ahora la cuestión desde otro punto de vista, vale decir si hacemos a un lado los famosos tres propósitos y consideramos a la S. T. no por sus resultados internos, inherentes a sus propios miembros, sino en su función externa, quedaremos sorprendidos, gratamente sorprendidos, al ver que ha realizado en el mundo una hermosa y quizá extraordinaria misión. Es lamentable que yo no disponga de mayor espacio para detenerme sobre este punto. Me he de limitar a pocos recuerdos dejando que cada lector los amplíe por su cuenta, si es que tiene interés en ello. Esa misión puede concretarse en una frase: la S. T. fué el vehículo por el cual el Oriente dió al Occidente un hermoso Mensaje Espiritual. Ese Mensaje está contenido en los libros de la señora Blavatsky, utilizada como instrumento por una Comunidad ignota (se sospecha que sea tibetana), que debe poseer la suma de los conocimientos humanos.

En 1875 la ciencia, olvidando su característica de investigadora libre y desprejuiciada, se había substituído a la religión, encerrándose en un exclusivismo dogmático y en una finalidad materialista antipática, antinatural y de consecuencias letales. Muchos fenómenos mediúmnicos vinieron a derribar sus postulados y a demostrar que hay estados de conciencia que trascienden el límite de los sentidos y de la mente. Con ser eso mucho, no bastaba. Hacía falta algo más. Ese algo más lo dió en sus obras la señora Blavatsky. Lo que hasta enton-

ces el hermetismo, el ocultismo, la alquimia, el espagirismo, el soterismo religioso y laico habían mantenido rigurosamente secreto para los no afiliados, fué dado a conocer, de una manera amplia, cabal, documentada a todo el mundo y en particular a los irreductibles sacerdotes de la ciencia. Por esas revelaciones se supo — antes que lo descubriera la investigación científica — que el átomo no era la última partícula divisible de la materia, sino todo un sistema de fuerzas que deriva de la energía una y primordial y en ella se resuelve. La materia es, pues, una mera ilusión óptica. Todo el materialismo se venía al suelo con esa afirmación que los físicos y los químicos fueron comprobando en sus gabinetes. Se comenzó a vislumbrar la unidad de la vida en medio de los millones de formas transitorias con que se reviste. Se estimularon muchas investigaciones para averiguar la enorme vtustez del hombre sobre la tierra. La psicología recibió un empuje formidable saliéndose de los estrechos límites fisiológicos en que la querían encerrar los psicólogos oficiales y oficialistas. Astronomía, arqueología, historia, la teología misma fueron encaradas con criterio de relación y de reciprocidad y todo un panorama nuevo de análisis y de síntesis vino a dar al pensamiento una libertad de acción que hasta entonces le había faltado, debido al materialismo. El ser humano se sintió agrandado, dignificado, divinizado, se sentía amo y señor de sí mismo al pensar en la posibilidad de la tesis presentada por la señora Blavatsky cuando dijo (*Doc. Soc., T. L.* pág. 413) «que Dios es nuestro Yo Superior».

Una gran parte de esta labor se había realizado por obra de la Masonería, de las Comunidades Iniciáticas y del Idealismo retoñado en Alemania. Pero la gran masa del pueblo continuaba viviendo en la ignorancia, debatiéndose entre la doble opresión religiosa y científica o cayendo en el escepticismo y el pesimismo sin poder resolver sus dudas y satisfacer sus ansias. Los libros de la señora Blavatsky vinieron a completar la obra de las escuelas que hemos mencionado. Todo fué dado, si bien en desorden, a todo el mundo, para que cada uno considerara sus más íntimos problemas con los puntos de apoyo y las indicaciones que se le hacían. Y esa obra de la señora Blavatsky no hubiera podido realizarse si no hubiese tenido a su disposición una Sociedad internacional que proporcionara los medios económicos y los elementos de propagación.

¿Cómo desconocer el valor de la S. T. y de sus fundadores?

La reacción fué demasiado brusca y quizá demasiado violenta para que fuese comprendida. Todas las fuerzas contrarias organizaron la resistencia. En la misma S. T. la revolución no fué comprendida, y la pobre señora Blavatsky, muy a pesar suyo, hubo de formar dentro de la agrupación un «círculo esotérico» para los «privilegiados», tan arraigada está en Occidente la idea de la superioridad personal y de raza. Los que vinieron después, consciente o inconscientemente, siguieron deformando el pensamiento inicial. La elevada filosofía vedantina y budhista, que es lo más puro de la cultura ariana y que la señora Blavatsky había introducido en Occidente, fué poco a poco vencida y ofuscada por la nefasta cultura semita y seudocristiana. De la teoría a base de comprensión y esfuerzos individuales — como únicos elementos de desarrollo espiritual, — se regresó a los recovecos ritualistas y ceremonialistas ofrendados a través de una nueva masonería y de una nueva Iglesia Católica Liberal.

Esta es la S. T. La de ayer y la de hoy. Fundada en 1875 por una mujer que era todo fuego, alma, corazón, nobleza, generosidad y sacrificio — y que por lo mismo fustigaba sin piedad a los sacerdotes ignorantes y venales, a los filósofos de pura dialéctica, a los hombres de ciencia sectarios y a los artistas sin alma — ha venido a caer en las manos de falsarios porteños y de un obispo inglés que preside su último congreso. No puedo, pues, ocultar la satisfacción que experimento diariamente al ver que los hombres más cultos y libres de prejuicios y de ambiciones personales la abandonan, convencidos que ya nada útil se puede hacer en ella.

La S. T. no escapa al destino común a todas las sociedades. Hay para ésta, como para los individuos, una ley biológica inalterable: nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren. Después de haber dado todo lo que dió en su momento oportuno, termina su razón de ser. Será en vano que quieran hacerse sofismas dialécticos para justificar su prolongación, como serán inútiles los esfuerzos que se hagan para mantenerla viva. Los tiempos han cambiado y con el cambio han surgido nuevas exigencias. El hombre actual, por lo que se refiere a desarrollo espiritual o interno, tiende más a seguir el camino de la propia experiencia que el de las experiencias ajenas. De gregario se ha hecho individual.

Todo lo que antecede tiene una moraleja, que es ésta: si algún lector tiene deseos

de entrar a formar parte de la S. T. que no lo haga sin estudiar antes el ambiente, observando hasta qué punto sus miembros viven sus doctrinas, tratando de no dejarse marear por el fantaseo de los que se las echan de instructores y evitando que lo capture en sus tentáculos la forma mental — el veda artificial, como lo llama Browning — que se forma en las logias. Y si, por fin, decide asociarse, que tenga mucho cuidado de no atraerse el odio de sus... hermanos.

Porque nada he conocido más tenaz, más hondo y más irreducible que el odio fraternal de los miembros de la Sociedad Teosófica.

Termino declarando que no tengo ningún rencor contra nadie. Digo estas cosas, que son apenas un fragmento de lo que podría decir, porque el silencio, en este caso, significaría para mí una complicidad y una cobardía.

Arturo MONTESANO DELCHI.

GRANIZADA

Ha muerto un poeta burgués

Los uruguayos tenían también «su poeta». Se llamaba Zorrilla de San Martín.

Para demostrar que son capaces de valorizar a un «hombre de letras», por lo menos tanto como a un campeón de «foot-ball», los uruguayos han berreado a moco tendido: ¡Señor, señor de los cielos, te has llevado al poeta Zorrilla de San Martín!...

Bueno: nosotros no somos gente que perdonemos a los muertos. No. Vamos convenciéndonos que quien fué un pillo o un indiferente, o un complicado con la burguesía, fué un puerco.

Y hay que seguirlo marcando, hasta cuando está bajo tierra. No vaya a resultar que un tonto por ahí sale «reencarnándolo»... y se viene el segundo tomo.

Zorrilla fué un «poeta» patriotero, tradicionalista, clerical, sensiblero, como ciento cincuenta poetastros del siglo pasado. Como todo «poeta oficial», fué un alquilado; hizo por *su patria* lo que Santos Chocano y otros hacen en estos países americanos, donde cada factoría... tiene «su cantor».

Gerchunoff, en una *gran revista argentina* (?) que lo paga, ha afirmado que «Zorrilla era el poeta civil del Uruguay» y «que no conocía el envejecimiento».

Dos macanas dichas por un escritor que debe escribir para cobrar.

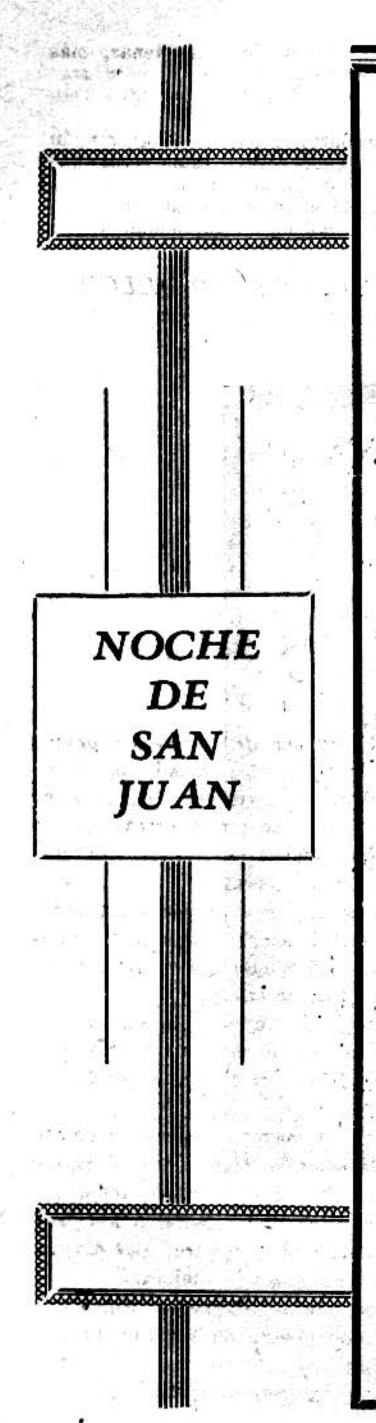
Yo le preguntaría al sensible filósofo surgido de «La Nación», qué hizo Zorrilla por la humanidad y cual fué su actitud viril de hombre que no envejece...

Precisamente, un vejete que hizo versos a los veinte años y, lo más lamentable, que siguió haciéndolos como vejete, hasta la muerte.

Toda la plana mayor uruguaya acompañó a Zorrilla hasta su fosa. Como el espectáculo no era para desperdiciarlo, todos los uruguayos de Montevideo salieron a la calle y caminaron tras el féretro. Los diarios no perdieron «la nota»... del día.

Zorrilla ha muerto. Bueno: el engranaje del «nuevo mundo» no ha perdido un tornillo, ni nada...

Edgardo CASELLA.



NOCHE DE SAN JUAN

En las calles se encienden las fogatas
que son como granadas o morriones
de gallos centinelas; los muchachos
estampillan de gritos a la noche.

Y crece el alboroto en las veredas;
mientras el mate zumba como un
[trompo
orillando los labios y las manos,
se hace bailar la risa como un oso.

Y la risa se tuerce en cada boca,
se arrodilla, se cae y se levanta;
es ágil bailarín la risa, ágil
como el silbo del viento en las maña-
[nas.

Después la media noche en las pupilas
hace tumbar un párpado del sueño;
van perdiendo su asombro las hogue-
[ras
custodiadas apenas por un cerco.

de minúsculos troncos encendidos.
La risa, caracol, busca su encierro.

Se desune en las calles la algazara;
Tan sólo unos muchachos hacen ronda
como dientes de sombra ante las bra-
[sas.

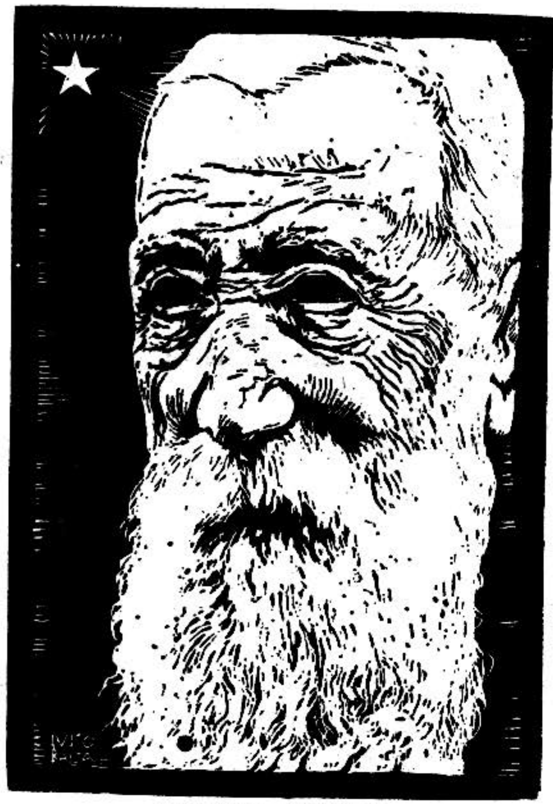
Al pie de la esquina unos perros
hurgan con sus ladridos en la noche
el espacioso bolso del silencio.

José PORTOGALO

ANATOLE FRANCE EN LA ACCION ::

EL Figón de la Reina Patoja", "Las opiniones de Jerónimo Coignard" y "El jardín de Epicuro" son el adiós de Anatole France a su vida puramente contemplativa y de análisis. Esto es en 1894. El 7 de noviembre de ese año aparece el último de esos tres libros. Un mes y medio más tarde, el 22 de diciembre, el capitán Dreyfus es condenado, por unanimidad, a la pena de deportación perpetua, en un recinto fortificado.

La condena del capitán Dreyfus es el punto de arranque de la lucha apasionada por la justicia en que participó el pensamiento libre del mundo occidental durante el siglo XIX. El siglo XX ha sido testigo de otro drama judicial más terrible, cuya reparación no puede esperarse de ningún tribunal de los Es-



ANATOLE FRANCE
Ilustración para NERVIO, de Justo Balza.

tados Unidos de Norte América. Me refiero a la condena y ejecución de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

La injusticia cometida con Dreyfus unió los espíritus justicieros con los que veían ante sí al gran enemigo de la Francia libre: la iglesia católica. La iglesia aspiraba a una hegemonía utilizando al ejército y a los grupos monárquicos. En 1892 los obispos católicos atacan violentamente la República y se declaran por la monarquía. El antisemitismo fué, simplemente, un arma eficaz de combate. No hubo ni hay en Francia un problema judío propiamente dicho. En cuarenta millones de habitantes, nunca han sido más de cien mil los judíos; y seis veces más que éstos es el número de protestantes.

El proceso Dreyfus fué, en verdad, para Francia una cuestión de carácter social, religioso y político. Fuera de Francia, la gran multitud de apasionados seguía el proceso con el único interés de que se hiciera justicia, nada más que justicia. Pero la justicia no podía hacerse como un hecho ajeno a la realidad del momento social, como un simple acto legal, escrupulosa y honradamente llevado a cabo. Era preciso que triunfara antes la libertad de pensamiento, que triunfara la República, que el laicismo ganara el espíritu de la política francesa. Había que derogar la ley que, desde hacía cincuenta años, abandonaba la enseñanza de gran parte de la juventud a las congregaciones religiosas.

El 2 de julio de 1901 el ministerio de Waldeck-Rousseau obtiene la sanción de la ley de asociaciones, por la que se establece que únicamente las congregaciones que cuenten con autorización legal del Estado pueden subsistir y dedicarse a la enseñanza. El 6 y 7 de abril de 1903, casi dos años más tarde, Jaurés, que había creído al principio en la culpabilidad de Dreyfus, pronuncia en la Cámara un gran discurso en favor de la revisión del proceso. El 12 de julio de 1906 el Tribunal de Casación, constituído por 48 jueces y presidido por Ballot-Beaupré, declara la completa inocencia de Dreyfus. Ese mismo año, el ministerio Rouvier, que ha sucedido al de Combes, lleva a cabo la separación de la iglesia y del Estado.

Este es, en síntesis, el proceso que comienza a desenvolverse ante Anatole France y que acaba por llevarlo al lado de Zola, de Jaurés, de los hermanos Reinach, de Laboría, de Pressensé, de los hermanos Clemenceau, de Leblois, de Lazare, de Scheurer Ketsner y del coronel Picquart.

La injusticia del fallo condenatorio y del odioso antisemitismo lo decidieron a obrar. Es durante esos años que escribe su "Historia contemporánea". En 1904, más compenetrado de la influencia del Partido Negro en el "affaire", publica su estudio sobre "La Iglesia y la República", de parte francamente de Waldeck-Rousseau y de Combes.

La ironía a la acuarela de Silvestre Bonnard ha desaparecido. El escéptico Coignard, como último producto de biblioteca, mira a través de los ojos de France y parece dictarle estas juiciosas palabras: "Cualesquiera que sean nuestras dudas filosóficas, debemos obrar en la vida como si no dudáramos."

Luciano Bergeret es la entrada de France, a paso tranquilo, en la vida azarosa del siglo. Es una entrada tímida, no de recelo por el mundo, sino de poca confianza en sí. Bergeret es un paso, un cambio, una evolución.

El proceso Dreyfus hizo levantar a France la vista de sus libros. En cierta forma, comienza a obrar como hombre de partido. Su amistad con Jaurés lo lleva más tarde a incorporarse al costado del movimiento socialista.

Nunca France desdeñó al pueblo, creador de la lengua. El pueblo era para él la fuente de toda riqueza social. ¿Que existían valores individuales? Pe-

ro, ¿qué podrían significar ellos sin el aporte, muchas veces silencioso, del conjunto humano? Más de una vez hubo de pronunciar palabras agradecidas a los seres obscuros y olvidados que nos han precedido.

Se ha intentado demostrar que el socialismo de France era una pose, que su simpatía por el pueblo era una adulación. No es exacto. A su convicción de que solamente la gran masa puede resguardar los valores estables, se unía su viva simpatía por aquellos a quienes el sufrimiento había hecho en alguna forma respetables.

No olvido que en su socialismo había un gran aliento tomado de su espíritu soñador. Fué, también, un sueño más; pero un sueño flotando sobre la realidad. "Yo no creo que los hombres sean buenos naturalmente — dice Bergeret. — Pero creo también que los hombres son menos feroces cuando son menos miserables."

France no pensaba que el socialismo fuese la panacea de la felicidad social. "La humanidad cambia poco. Lo que será es lo que fué." "Los crímenes durarán tanto como la vieja y sombría humanidad. Pero el número de criminales ha disminuído con el número de desgraciados", dice por boca de Michel en el bosquejo de la ciudad futura que contiene "Sobre la piedra inmaculada".

Su socialismo no era una pose: era su certidumbre—o su confianza—de que es hoy el qué contribuye, mejor que ningún otro sistema, a crear un nuevo orden social basado en la armonía. Pienso, además, que "no está en la naturaleza humana el gustar de una felicidad perfecta", y que en la sociedad futura habrá, también, "avaros y pródigos, laboriosos y perezosos, ricos y pobres, felices y desgraciados, satisfechos y descontentos".

France vió en el movimiento socialista un camino abierto a mayor armonía, a mayor justicia y lo apoyó. Con la misma espontaneidad generosa había apoyado la lucha por la libertad y la rehabilitación de Francia y de Dreyfus. Con la misma espontaneidad saludó el resurgimiento popular ruso de 1917.

Su don particular de claridad de penetración y de equilibrio mental impidieron que el escéptico y el ironista dominaran en su espíritu.

Luis REISSIG.

DE UN HOMBRE A LOS HOMBRES

TRIBUNA LIBRE

Soy un hombre; soy lo que limita de un ser, de un organismo que se llama hombre, lo que comenzó con el nacimiento y terminará con la muerte. Soy ese espacio de tiempo que, siendo **hombre,** llamo Vida. Soy lo que justifica la Vida en el Mundo y lo que justifica al hombre en la Vida.

Me despojo de mis ropajes, de mis personalidades, de lo que me he puesto, o de lo que me han puesto para llenar en la vida el lugar que me asigna la Humanidad. La Humanidad para mí es la necesidad de **los hombres para los hombres.**

Si los hombres no son para los hombres, no es culpa de la Vida, sino de sus ropajes, por eso me despojo del mío.

Entendámonos, hombres; quiero llegar a lo que me identifica con todos los hombres; quiero dirigirme a los que exactamente se amolden a lo que no puedo **dejar de ser,** que es lo que limita en los hombres la verdadera medida de su Superioridad: lo que son para la Vida.

Guía mis pasos una luz; no voy ciego en busca de lo que ansío. Quiero partir del terreno firme que nada ni nadie me puede negar; quiero señalar de cada hombre lo que en vano puja por mostrar la falta de atención que en los Ideales todos y convicciones, los hombres le asignan.

Soy el **hombre,** desnudo; soy el hombre sin las convicciones que entorpecerían mi visión. Soy una consecuencia de haber creído en los Ideales todos; soy el resultado de haber buscado en mí lo más normal, lo más puro.

No soy ni un anhelo, ni una aspiración. Me he vuelto hacia mí mismo y he necesitado buscar en mí mismo la fuerza de mi ser; pero, antes, he necesitado admitir que **soy.**

He partido de allí.

Después de saber que **soy,** no he podido saber **que** soy; me atrajo el saber **por qué sabía que ERA.**

Por eso supe que era **Hombre.** Quise saber, entonces, por qué pude ser hombre. Entendámonos: **por qué pude ser hombre; qué** límite me brindó la posibilidad de **ser Hombre.** De **ser** lo que era y poder así, posteriormente, saber **que era** hombre.

Desnudo, libre de mis ropajes, busqué en aquellos que no lo eran. La Ciencia, como hombre del siglo XX, me trazó la ruta; por ella, fácil fué despojarme de mis convicciones—algo de mi ropaje—y una Evolución me mostró que había seres que, sin ser hombres, tenían mucho de ellos. Tenían la posibilidad de llegar a Hombres.

Llegué, viniendo por esa senda que les permitió **serlo,** allí donde es un límite. La impotencia del instinto y el éxito del Racional. Allí había un enigma.

No me detuve a suponer lo que tantos creían: vivíamos un instante, de lo que considero la consecuencia de creer como los mejores creen. Era el mejor medio de separar Ideales, ya que yo era la consecuencia de no haberlos admitido y haber **necesitado** negarlos.

Me atraía ese límite. Lo estudié.

Tomé de los animales lo que en ellos se identificaba con los hombres. De los

hombres lo que los colocaba sobre los animales; me fijé un poco más detenidamente en lo que para tantos, no debe haber tenido importancia, y **encontré la clave.**

Lograba así la razón de porqué el hombre llegaba a ser más que animal. **Surgía** la causa de **porqué** era lo que llamamos **racional.** Lo demás fué fácil.

Con una alteración en los mismos medios animales - humanos, la superioridad **humana** exigía una solución **exclusiva humana.** Los hombres que ignoraban la Evolución, crearon el Espíritu y el Alma, y ajustaron sus vidas a esas convicciones.

Se complicaron y surgió una palabra: Materialismo, para denigrar a la consecuencia de lo teórico Espiritual en los organismos que eran hombres. Lo espiritual, lo inmaterial fué entonces lo Ideal para contener lo Material humano. Es decir, la consecuencia de lo que provocaba, queriendo ser solución de lo **exclusivo** humano sobre los **mismos medios** que el instinto le ofrece a los animales.

Entendámonos: los mismos medios, son los **sentidos.**

Fué así cómo la superioridad Humana se ahogó en la Teoría de los hombres por un falso "Mérito"; la consecuencia colectiva la estamos viviendo. Los hombres unificados en una Superioridad, desde mi punto de vista, no pueden amoldar sus aspiraciones, las que creen las más dignas, a su Realidad.

¿Cómo ha de ser eso posible, si hay tanto de falso en ellas? Sus ambiciones, son consecuencia de sus convicciones y tan sólo **negar** lo que no pueden o no quieren admitir, no es tener razones para aspirar a lo que creen merecedores en la Vida.

Sólo tendrían derecho a exigir, aquellos que están por sus sufrimientos, por debajo del límite que la Vida dicta para ser hombres, es decir, al justificar lo Racional como medio de ofrecerle lo esencial en la Vida para su existencia. O sea, la superioridad de la que parto desde mi desnudez.

Esos hombres que sólo tienen un **dolor** para que la razón esté de su parte, esos hombres que los somos todos, no tienen en sus convicciones la fuerza que su superioridad racional le ofrece. Ni la Ciencia ni la Teoría humanas brindan la base para dar lugar a aspiraciones que después de ser aspiraciones serían Realidades entre los hombres.

Las convicciones corrientes o la ausencia de ellas hacen de los hombres un "rebaño". La convicción de la Superioridad que quiero mostrar al llegar a lo que no es posible negar en cada uno, desde mi desnudez, hará de ese "rebaño", la Humanidad: los Hombres para los Hombres.

Lo que va de esa Verdad a los Ideales todos, es el ropaje con que cada cual anula su desnudez, es decir, la convicción de su éxito en la Vida: EL HOMBRE.

(*Esto que podría ser el preámbulo de una nueva Biblia, no es más que mi primera piedra a* NERVIO)

Braulio MATE.

* * *

De acuerdo con la invitación que le formuláramos en el último número, Braulio Mate nos envía la presente colaboración, donde expone, a su manera, las ideas que sustenta y que fundamentan, según se desprende de sus cartas enviadas, su discrepancia con el modo de encarar la Revista la finalidad que pretende. Gustosos, la sometemos al juicio del lector, sin alterar una coma del texto original.

Para intentar con relativa eficacia una polémica (aceptada, no obstante, contra nuestro mejor deseo) capaz de arribar a conclusiones razonables e instructivas, se requiere plantear con precisión y claridad las respectivas posiciones. En este caso de Braulio Mate, que infructuosamente hemos intentado aclarar por correspondencia directa, nada de aquello sucede. Los argumentos que invoca para

justificar algunas ligeras disquisiciones casi de orden personal, son tan imprecisos y vagos, de acuerdo con el tono general de todas sus anteriores cartas, que invalidan la propiedad de entablar cualquier polémica, propósito este sostenido por el autor con equívoca insistencia.

Sin embargo, se desprenden de este artículo algunas apreciaciones caprichosas, que pueden ser, sin duda, como las que justifiquen la pretendida discrepancia, y que no queremos dejar de señalar. Cuando se refiere a que "negar lo que no pueden o no quieren admitir no es tener razones, etc....", olvida que en la Revista nada humano se niega o desconoce, y si sólo discutimos la falsa realidad que se nos impone. juzgándola tal porque se aparta de lo ideal que pretende y cuya aspiración todos compartimos aparentemente. Del mismo modo, cuando dice que "sólo tienen un Dolor para que la razón esté de su parte...", aludiendo sin duda a que nos parece razonable el reparto social, pongamos por caso, porque no tenemos algo que perder, ello es prejuzgar con toda deslealtad y adjudicarnos un concepto que nuestra colaboración no justifica en ninguna parte.

Si el señor que se ampara en el seudónimo de Braulio Mate lee detenidamente la Revista, sin ánimo preconcebido por alguna fórmula social que nos asigne (lo cual sería imponernos una limitación que no aceptamos en ninguna forma), tal vez comprenda que no puede ensayar con éxito discrepancia alguna con nuestros propósitos, si es que realmente pretende la liberación y armonía del hombre antes que la hegemonía de su presunta panacea.

Aun existiendo esta discrepancia, tendría que considerar que nosotros no imponemos nuestro criterio, bueno o malo. Ahí queda, en oposición a los demás criterios que no compartimos, para que libremente se le razone y se le comprenda.

Y este es, por lo demás, el mismo destino que le damos a la colaboración recibida. No creemos provechoso ocupar el escaso espacio de que disponemos repitiendo lo que ya se ha dicho desde nuestras columnas, ni hay motivo ahora, tampoco, para que nos creamos obligados a adelantar cuanto nos falte decir, llegado el momento.

N. de la R.

MIRANDO VIVIR

PESE a todos los "compromisos" entre los gobiernos, existe de hecho en la Manchuria un estado de guerra, que ya ha costado muchas vidas inocentes.

La invocación de principios humanitarios a que recurren los gobiernos interesados en "prevenir la guerra", es una sangrienta burla, por cuanto la única razón que justifica que el conflicto no se haya complicado aún más es una cierta prudencia para que él no afecte los intereses subalternos de otros gobiernos, no menos dispuestos que el Japón a defenderlos celosamente.

Por extraña paradoja, China podría encontrar cierta "seguridad" debido a que su territorio es feudo de las naciones "civilizadoras", aunque esta sola circunstancia es la que motiva la actitud agresiva del Japón.

No nos preocupa ahora discutir si la razón económica habrá de prevenir las guerras en el futuro o si el sentimiento de la paz habrá de influir hasta rectificar el sistema social de rapiña y de exterminio que nos rige. Sin duda, aquello será una consecuencia de esto último.

Sin embargo, nos preocupa ahora comprobar que los diarios grandes del país no han condenado la guerra con la enérgica condenación que ella requiere, si nos atenemos al sentido de humanidad de que blasonan.

Hacerlo así, por otra parte, fuera denunciar el verdadero motivo de estos graves acontecimientos, y contrariar la finalidad que defienden y apoyan.

Porque en toda guerra la agresión está justificada por la potencialidad militar. Y ésta, a su vez, está determinada por el apoyo inconsciente del pueblo a sus negros designios.

Vemos así que los pueblos son arrastrados a su propia matanza. Y ellos, que nada tienen que defender, creen defender los intereses de la patria, según la mentalidad que les inyectan con torpe y obscura literatura.

Porque es evidente que, cuando se habla de patria, se consigue hacerles olvidar que sólo han de ser carne de cañón y de pudridero; alimento de piojos y de cuervos; víctimas de la experiencia ajena y del mayor desamparo; suicidas, en fin, de sus derechos y de su propia y miserable vida...

* * *

Waldo Frank ha dado su voz de alarma para prevenir al mundo civilizado de la obra oculta y sanguinaria de los reaccionarios chinos, que pretenden exterminar las conciencias libres de aquel sufrido país, por el solo delito de rebelarse contra los que embrutecen al pueblo y lo explotan sin medida.

China reedita, tal vez porque son los primeros síntomas apreciables de su despertar, las inútiles tentativas de otros gobiernos que achacaron esta aspiración libertaria a la morbosa influencia de las "ideas exóticas".

Proclamamos sin reservas, desde esta modesta hoja, nuestra ferviente simpatía para los mártires de la nueva China.

Parecería fatal que la historia ha de seguir escribiéndose con sangre humana, que no se escatima tampoco.

No obstante que se opone la razón a la fuerza, la fraternidad a la violencia...

V. P. F.

El ladrón indiscreto

De Agustín Remón, en el Odeón.

NO muy fácil tarea resulta determinar el género al que pertenece esta obra. Comedia sentimental a ratos, mundana, vodevilesca, ambiente supraelegante, entre diplomáticos argentinos en Madrid, y alguno que otro detalle trivial y hasta folletinesco.

El autor maneja los títeres con alguna habilidad, borda el diálogo, aunque no con absoluta originalidad, con gracejo y soltura, si bien recarga la escena de personajes innecesarios, con lo que limita las escenas de interés sin alguna otra compensación, porque algo tienen que hacer o decir para justificar su presencia.

El asunto es viejo: un Don Juan está a punto de enamorarse de su propia hija y en torno a este conflicto se enreda la trama por la arbitraria presencia de un ladrón de cuadros famosos que, habiendo penetrado antes en la casa del galán en busca de una tela cotizada que resulta falsa, siguiendo la pista de la auténtica se "cuela" en la del embajador argentino, pero con tan poca fortuna que no puede acabar su hazaña porque lo descubren los dueños. Mas, a fuerza de sutilezas, logra interesar de tal modo a los que pretendió despojar, sobre todo cuando les revela que su cuadro es el legítimo, y el del amigo y amante de la esposa, que siempre pretendió poseer el auténtico, una vil copia, que éste, en franco tren de simpatía, en vez de entregarlo a la policía lo colma de favores y hasta llega a agregarlo a su numerosa servidumbre, en calidad de secretario privado.

Quizá sin pretenderlo el autor y gracias a la suerte de encontrar un intérprete de las condiciones de Morano, ha logrado que este episódico personaje se elevara por sobre todos los demás y llevara la obra a un puerto que sin él no hubiera alcanzado.

Es muy sensible que el señor Remón, que demuestra poseer cualidades especiales para el teatro, no seleccione mejor los asuntos y una vez escogidos no siga su lado humano y lógico, en vez de perderse en las curvas de lo amable, lo trivial y lo "chic".

La compañía del Odeón la presentó con todos los honores y la señora Membrives, Aragonés y Rosés, secundados por todo el elenco, sirvieron a la obra como, quizás, no soñó su creador.

Anoche me casé con Vd. doctor

En el Teatro Liceo. — Comedia de Franz Molnar; adaptación de Pedro E. Pico.

Una comedia ligera, chispeante, de pura cepa vienesa, de la Viena de las operetas y los valses deliciosos. Quizá lo que más se echa de menos es la cadenciosa música "strausiana" o "leharesca".

En el original se titula "La buena hada", cuya hada es una soñadora empleada "maniquí vivant" de cierta modista, que sueña con hacer felices a los demás. Los hombres se sienten atraídos por esta muchachita deliciosa y las cosas se enredan en una forma que ella, en realidad, puede creerse un hada prodigadora de riquezas y felicidad.

No podríamos decir si este escritor austríaco se ha dejado influir por Benavente, pues muchas de sus obras revelan un marcado parentesco estructural.

Sus diálogos no son tan profundos ni incisivos como en el gran comediógrafo de nuestra lengua pero acaso les aventajen en soltura y gracejo. El humorismo de Molnar es sonriente, sanote, mientras el

de Benavente es cáustico. Estas son las características que los diferencian, pero en la elección de temas, en el enfoque y el plano equidistante en que se sitúa el autor, coinciden frecuentemente.

La obra, aunque intrascendente, se escucha con agrado sumo; los personajes, bien delineados, nos penetran por la puerta de la simpatía y la bondad y la picardía sutil, de esa que estamos habituados a tolerar en la vida diaria, nos van ganando poco a poco, desde que empieza la comedia hasta que termina.

Tan es cierto que el autor sólo se ha propuesto procurar ratos agradables, que por si algún espectador pudiera quedar intranquilo nos presentaría el epílogo a todos los personajes, diez años después, y todos sin excepción son felices.

¡Qué tranquila debió sentir la conciencia cuando puso la palabra "fin" en el manuscrito, y en qué ideal mundo debe habitar cuando todas las cosas suceden tan satisfactoriamente!

El doctor Pico ha respetado el original, y si acaso ha forzado algunos giros típicos ha sido por asimilarlos al medio y hacerlos más comprensibles.

Paulina Singerman ha logrado una de sus mejores interpretaciones, y Olarra ha dado una justadísima versión del millonario americano. Fregues, en un plano inmediato inferior. Los demás, desenvueltos y la presentación escénica correcta.

Teatro del pueblo

Por primera vez en nuestra urbe, una agrupación de teatro experimental se lanza a la calle a desafiar a los viandantes con su arte audaz.

Coincidiendo con una exposición de pintura, al aire libre, en la Plaza San Martín, el núcleo formado en torno a Barletta, sacó sus trastos a la calle y representaron en dicha plaza para un público desinteresado, hostil al principio, y al fin comprensivo.

El gesto, cualquiera sea el resultado de esta tentativa, es digno de la consideración detenida de quienes se interesen por la historia del teatro y por los experimentos que se realizan, encaminados a sacarlo del marasmo que padece.

Esto puede ser un buen camino para lograr que vuelva a ser lo que fué, un arte por excelencia popular, aunque en esta ocasión quizá no se pueda aplaudir más que el propósito animador, pues, fuera de toda duda, el repertorio con que en la actualidad cuenta el "Teatro del pueblo", no es el más adecuado para ganarse el público de calles y paseos.

FILOCTETES.

Lya de Putty y "Variette"

LYA de Putti como actriz, fué la última, la más moderna posiblemente y hasta la más auténtica y menos reclamística vampiresa del cine. Pero Lya de Putti como actriz sólo tenía un valor muy relativo; su elevación fué procurada por Dupont en "Varieté".

Su mayor encanto de actriz—fiada a su sola responsabilidad—era físico; había extraña sugestión, ponderación estética en su figura y su mayor hechizo fincábase en el sortilegio de una estudiada mirada. Lya de Putty era la "mujer fatal", pero no consciente o rencorosa, llevada de terribles despechos amorosos al estilo teatral de una Pola Negri, sino con la inconsciente atracción de la belleza natural, de la sola presencia.

Actuó en los últimos tiempos de la pantalla muda, en épocas en que la cinematografía tenía el derecho y el deber de ascender en la autonomía que rechazaba la necesidad de la voz o la palabra. En "Varieté" había actuado también Emil Jannings y había dirigido Dupont. Con esta película, Dupont introducía de manera efectiva en el cine comercial la "escuela dinámica" que utilizara por primera vez con éxito muy relativo Konlechoff. La escuela dinámica sugería una renovación en la técnica tradicional del enfoque puramente fotográfico, aplicaba a las situaciones un ritmo de cámara rápido, daba valor angular a los enfoques, detallaba objetos, expresiones comunes antes perdidas, lograba lo que se llama detallismo, "expresión" de atmósfera, y que es el enfoque de las cosas inanimadas, pero dotadas de sentido cinematográfico. "Varieté" fué la primera obra de gran público exclusivamente psicológica, de verdadera fuerza dramática, de un realismo un tanto rebuscado que lindaba en lo patológico y en donde Emil Jannings interpretaba un hombre común, cuya vida antes vulgar en el circo, era luego deshecha y angustiada; bajo la misma lona del circo primero y en un obscuro corredor de hotel después, por la presencia y el hechizo de la mujer que cae en la noche sencillamente, inadvertida de su presencia inquietante y del anhelo de su carne madura y ávida.

Después de "Varieté" llegó a actuar en Hollywood — donde no supo ser aprovechada — cuando ya Greta Garbo llegaba de Europa despertada del sueño de Selma Lagerlof y del "Carretero fantasma" y envuelta anticipadamente en la grisura del crepúsculo inédito de "Ana Christie".

Fué junto con la actriz sueca, una de las pocas artistas que arrostró los argumentos pecaminosos, los papeles en que la mujer agobia su propio orgullo y hace la confesión brutal de que ha estado en una casa de citas para hombres. Pero ya toda su vida ha pasado, y ahora alguno que otro día veremos en la pantalla de un cine de barrio, el foco luminoso de su recuerdo, su presencia inquietante, su finalidad desolada. Y quedará allí, sumergida en la penumbra de la sala, envuelta en celuloide, puesta eternamente en el disco de películas, donde su presencia estética, su boca roja, sus muslos de anguila, se reflejarán en la pantalla y donde "vivirá" y pasará su sombra sobre ella y será ahora más que ella misma, aun siendo su sombra, y tendrá así una gloria absurda mayor que la vida que se va, el libro que pasa y se discute, y la estatua que cambia o se demuele.

ALFO.

ESPIGANDO

DENTRO de algunos años, si Dios quiere, se celebrará en esta capital un "congreso eucarístico", para la exaltación de la fe y para el reinado de Cristo, según dicen.

Hasta entonces, no faltará quien se ocupe de recordarnos a menudo el magno acontecimiento que habrá de congregar desde las sotanas más ilustres y pulidas, hasta los modestos sacristanes de parroquias aldeanas.

El pueblo, entretanto, gracias a la adormidera de tanto editorial, concurrirá en masa, atraído por el espectáculo y la curiosidad de circunstancias.

Y podrá comprobar que la humildad de Cristo la ensalzan los "humildes" pastores que lo tienen secuestrado desde hace veinte siglos.. para redondear el negocio.

* * *

EL fallo del jurado que entiende en lo del "mejor libro del mes", ha premiado, después de árdua e inefable tarea, un pistonudo libro de versos de Horacio Rega Molina: "Azul de mapa".

Han vuelto a bochar a Roberto Arlt, que tenía una cosa que titula "Los Lanzallamas", sin duda porque hace calor y el libro nada promete...

Juzgaron también menos digno el libro "El hombre que está solo y espera", de R. Scalabrini Ortiz, como una tontería inoportuna.

Y premiaron un libro de versos... a la amada ,versos a la luna, versos al divino botón...

¡Sí que vamos bien!

* * *

HAY criticastros que afirman sin rubor alguno que Pí y Margall, por ejemplo, era solamente político.

Precisamente, es oportuno recordarles a estos criticastros que en cierta ocasión le propusieron a Pí y Margall asumir la jefatura de un partido político "izquierdista", a base de colaboración obrera, y repuso más o menos:

"El obrero español está asqueado de toda política, y el mejor favor que puede hacérsele es dejarlo libre, que él sabrá arreglarse solo."

Y esta sí es una verdad de a puño.

Aunque no lo hubiera dicho Pí y Margall y aunque simulen ignorarla ciertos criticastros...

* * *

CUANDO el director de la murga zurdista llegó de Río de Janeiro y se enteró del fracaso de su partidito, comentó por lo bajo con sus amigos que ello era lógico.

A su criterio, demostraba lo "avanzado" que era el programa de su plataforma, pues que el pueblo atemorizado por las consecuencias votó por los adversarios, de puro conservador que era.

Claro, que el director de marras ocultó cuidadosamente el equipaje que traía.

Y ahora, que tiene tiempo de sobra, pondrá sus trapitos al sol para que se sequen...

Bibliografía y Crítica

"Los lanzallamas"

Por Roberto Arlt. Edit. Claridad, Buenos Aires.

EN toda otra capital de cierta cultura que no se llamara Buenos Aires, la aparición de un novelista como Roberto Arlt haría mover la pluma—ya que no sólo el estilete de la lengua—a los que se ocupan de la crítica. Pero aquí esto no puede suceder; vivimos en continuo escrutinio abdominal y nos pesa además demasiado la realidad de la improvisación diaria y del centavo necesario y cotidiano. Por otra parte, actuamos en régimen de democracia, donde todo tiende a una nivelación legalizada y donde nadie sobresale de nadie, para evitar, claro está, individualismos insultantes.

Esto no impide, en otro sentido, la existencia de valores de aparición más o menos periódica; de valores discretitos se entiende, cuya aparición se encargan de propalar, gritar, traducir y poner en circulación los órganos de los literatos. Estos valores tienen vida efímera—no van más allá de un premio municipal—y después de su promesa no cumplen nada. Pero ya hemos dicho que vivimos en régimen de democracia y que sólo es posible tolerar la igualdad, la igualdad absoluta, a pie o en bicicleta; y todo lo que levante un palmo la cabeza es denigrado e insultado, por jactancioso naturalmente (y por más inteligente). Si se tratara de XX, un valor regularcito, o de NN otro ídem, la cosa sería distinta; entonces el crítico PP o el investigador KK se ocuparían de él con gesto paternal y elocuencia apresurada. Pero un talento, una persona que se permite ser distinta a las demás, un hombre que tiene ideas, altura, vuelo lírico, que advierte bien lo que sucede y lo que piensa, que critica con palabras amplias, y que dice todo ello de manera tan clara que es insultante, y que siendo parco tiene elocuencia despilfarradora de millonario de ideas, no, "eso" aquí en Buenos Aires no se quiere tolerar. Pero querer no siempre es poder. Y así, el autor de "Los Lanzallamas" ha puesto, no obstante, en circulación su libro, con un prólogo en el que se advierte el gesto orgulloso—pero esta vez justificado—con que el talento suele quebrar la cabeza agazapada del silencio hostil.

La primera impresión que da el volumen—que es continuación y superación de "Los Siete Locos"—es de desconcierto. Todo se presenta allí de golpe, sin vacilaciones, viviente. El autor desde el comienzo fustiga errores o descubre lacras, o remarca las diferencias esenciales que distinguen un hombre de otro; aunque bueno es advertir que lo logra por medio de situaciones violentadas. Hay en la novela de Arlt mucho de la técnica teatral; se aferra al convencionalismo como medio de expresión de ideas que—dentro de la limitación del proceso lógico—no podrían lograrse con tal fuerza. Muchas palabras son irregulares, muchas situaciones impropias, y la concepción de lo real se resiente en más de una página violentamente. Hay un aparente desdén por las apariencias, un olvido rebuscado de ciertas "impresiones morales corrientes". La prosa es demasiado amplia, es jactanciosa y peca en ocasiones de atisbos rebuscados. Hay diálogos magníficos, irreverentes, chispeantes de sugerencias. Y toda esta amplitud de expresiones, sirve a caracteres falsos, a personajes que pueden tener instantes, pero no "totalidad" de vida. Este artificio, especie de alejamiento de la realidad que inferiorizaría a otro autor, es utilizado por este novelista para expresar sus ideas más lacerantes, sus conceptos más atrevidos, su crítica más mordaz. De manera que lo que pudo ser una limitación, es—aún dentro de esa falta de realidad total, o de lógica—una ensambladura, un rebuscado artificio de expresión. Su manera de objetivar lo visible es personal. La descrip-

ción de los procesos psicológicos—influídos muchos por cierta tendencia freudiana—son esmerados, angustiados a veces, como denodado escarceo de hallar un sentido a la vida. Los capítulos "Bajo la cúpula de cemento" y "El enigmático visitante", tienen profundidad de intención; algo de rabioso iconoclasta hay en ellos, y el que los describe aparece como un fustigador excelente de la deficiencia social.

Puede reprochársele falta de estilo, decir de él que su prosa no es equilibrada, estudiada, intachable; pero importa reconocer que tiene inquietud y hondas preocupaciones y agregar, además, que ha escrito su libro en esta capital, en el nerviosismo del trabajo diario y no en una biblioteca apartada o al lado de personas cultas, acartonadas y amables...

En "Los Lanzallamas" hay verdadera enjundia, positivo valor humano; la acción es fantástica, pero bulle en el entrevero de situaciones un complejo orden interior. No es una novela policial, ni tiene siquiera la pretensión de la moraleja del bueno sobre el malo; no hay triunfos egoístas, ni desenlaces agradables. La imaginada felicidad final, no es así en la novela de Arlt, la eterna melodía monótona.

"Los Lanzallamas" no es la obra de un literato, ni de un técnico, es la de un talento que afirma rango de escritor y da categoría al arte de novelar. Este libro traza una ejecutoria de indudable valor intelectual y coloca a Roberto Arlt a la vanguardia de los novelistas de esta parte de América, hasta ahora conocidos.

"La grúa"

Por Herminia C. Brumana. Buenos Aires.

En más de un libro, Herminia C. Brumana ha asociado francamente su literatura a una noble finalidad social. Luchadora de posibilidades en este campo, aporta a sus libros el detalle de sus inquietudes y tribulaciones.

Su modalidad — aunque no constante —es sentimental, pero de ninguna manera tarada por una angustia demasiado repetida, ni por un llanto monótono y continuamente insinuado. La autora de "La Grúa" es sobre todo optimista, sabe pasar por encima de experiencias dolorosas. Sus narraciones, alguna de ellas ya publicadas, dan la impresión de copia de ciertas costumbres y revelan casi siempre un determinado estado de espíritu. Esto hace que con frecuencia otorgue a un solo personaje — de bastante proyección objetiva—mucha atención, con desmedro del juego de los demás.

Su prosa no es negativa. Nos describe diversos aspectos de la vida diaria, problemas económicos, ligaduras morales, el apremio y la angustia cotidiana, etc. Más que la realidad de un estilo, es la idea generosa la que nos convence; hay cierta ironía, observaciones felices y, sobre todo, la expresión muy agradable de una franca feminidad. Claro que podría reprocharse cierta tendencia algo indolente a la simplicidad y un afán visible de otorgar cierta teatral preponderancia a los finales.

"Nadie la quiso bien" y "El lunes me caso", nos parece lo más logrado del volumen. Y, en general, nos ha gustado este libro de Herminia C. Brumana, un poco irreverente, un poco altivo, un poco risueño y doloroso, pleno de ardor humano y escrito por una mujer que habla con sinceridad y escribe con desenvoltura y simpatía.

A. L.

"Brújula" y su segunda etapa

Hemos recibido el primer número de la revista "Brújula", editada ahora en Rosario en esta segunda etapa que inicia después de una aparición—sin retardo y no al estilo de algunas hojitas—de 14 números en Buenos Aires. Dirigen ahora: Rodolfo del Plata, Gastón Leval y A. Rabotnikof. El formato es distinto, ha variado de dimensiones y de lugar, pero no de intenciones o propósitos.

Este primer número, ya de Rosario, lleva unas líneas primarias, "La agonía de las instituciones", en que se ractifica la sinceridad del propósito anunciado.

Nos agrada "Brújula"; hay inquietud, problemas y no simple escarceo literario. Mantenemos la esperanza de que contribuya a realizar la labor amplia y necesaria que se han propuesto y que pueden hacer.

PUBLICACIONES DIVERSAS RECIBIDAS

CURSOS Y CONFERENCIAS N.º 4, Capital.— LA VIDA LITERARIA Año IV número 5, Capital.— RESSORGIMENT número 184, Capital.— MUJER N.º 3, Capital.— LA IDEA N.º 97, Capital.— FONOS N.º 20, Capital.— LA OPINION Tomo III N.º II Avellaneda.— CUYO-BUENOS AIRES Ns. 8 y 9, San Rafael (Mendoza).— BRUJULA, 2ª Etapa n.º 1-15, Rosario.— PROP. DE BIEN PUBLICO Ns. 5 al 8, San Pedro.— ELEVATE Año I N.º 1, San Francisco. Edita el colegio "Juan Bautista Alberdi".— LA CRUZ DEL SUR N.º 32, Montevideo.— STUDI SOCIALI N.º 15, Montevideo.— HIGIENE Y SALUD N.º 214, Montevdeo. —VIDA MEDICA N.º 4-5, Santiago de Chile.— REVISTA DE ORIENTE N.º 26, Santiago de Cuba.— ORTO Año XX número 10, Manzanillo (Cuba).— CRISOL N.º 34, México.— REPERTORIO AMERICANO Tomo XXXIII Ns. 15 y 16, San José de Costa Rica.— VORTICE número 19, Puerto Rico. Revista Universitaria.— CHILE-PAN-AM. Vol. XI N.º 69, Nueva York.— DESTEPTAREA Año XXIII N.º 43 y 44. Detroit. Michigan (E.E. U.U.). — LA REVISTA BLANCA N.º 203, Barcelona.— EL LUCHADOR Ns 39 al 43, Barcelona.— LA NOVELA IDEAL Ns. 269 al 273, Barcelona.— TIERRA Y LIBERTAD Ns. 39 al 43, Barcelona.— ESTUDIOS N.º 99, Valencia.— LA LIBERTA Ns. 41 al 45, París.— PLUS LOIN N.º 79, París.— LA REVOLUTION PROLETARIANNE N.º 120, París.— LA GRANDE REFORME número 7, París.— L'EN DEHORS N.º 216-17, París-Orleans.— SUPLEMENTO DE "L'EN DEHORS" Ns. 210-11 y 212-13, París-Orleans.— L'AUBE N.º 44, Lyon-Terreaux.— LA VIE UNIVERSELLE N.º 19, Lyon.— LE SEMEUR N. 191, Falaise (Francia). Número integramente consagrado al congreso de "L'Internationale de Resistants a la Guerre", que tuvo lugar en Lyon durante los días 1, 2, 3 y 4 de Agosto del corriente año.— NOTRE POINT DE VUE... Año 8 N.º 1, Marsella.— LA LIBRE PENSEE INTERNATIONALE Año XXX números 11 y 12, Lausanne.— ERKENNTNIS UND BEFREIUNG Ns. 43 y 44, Viena.